

**Audiolibro Latierra Mile Zola Cap**  
**Tulos 17 Al 20**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Isabel Nash** (*Vale of Glamorgan*) - - - - 17. ¡Con tal que la Coliche no para al mismo tiempo que yo! -decía Elisa todas las mañanas. Y arrastrando su abultado vientre, pasaba horas enteras en el establo, mirando con inquietud a la vaca, cuya barriga había crecido también desmesuradamente. Jamás animal alguno se había inflado hasta aquel punto. Los nueve meses cumplían precisamente el día de san Fiacre, porque Francisca había tenido el cuidado de apuntar la fecha en que la había llevado nuevamente al toro. Desgraciadamente, Elisa no estaba tan segura de su cuenta. Aquel hijo había sido engendrado tan tontamente, tan sin querer, que ella no podía saber cuándo. Pero nacería por los alrededores de San Fiacre, tal vez la víspera, tal vez al día siguiente. Y repetía desolada: - ¡Con tal que la Coliche no para al mismo tiempo que yo!... ¡Sería risible! ¡Bueno estaría!... Querían mucho a la Coliche, que tenían desde hacía diez años. Habían acabado por considerarla como de la familia, y los Buteau se refugiaban cerca de ella en invierno, no teniendo otra estufa para calentarse que el calor que de la vaca emanaba. Y ella misma se mostraba muy afectuosa, sobre todo con Francisca, a la que no podía mirar sin que los ojos se le pusieran tiernos. Lamíala con su áspera lengua y le cogía con sus dientes suavemente, de las ropas, para atraerla. No se la quería sólo por ella sino también por el dinero que representaba, por la leche, por la manteca y los quesos; una verdadera fortuna que se perdería al faltarles la vaca. Había transcurrido una quincena después de la siega. Francisca volvió a su vida habitual, como si nada hubiera pasado entre ella y Buteau. Él parecía haberlo olvidado, y ella hasta evitaba pensar en aquellas cosas que la trastornaban. Juan, advertido por ella, no había vuelto. La espiaba, le suplicaba que se escapase por la noche y que fuese a reunirsele en los sitios que le indicaba. Pero ella rehusaba, ocultando su falta de deseo bajo las apariencias de una gran prudencia. Ya lo harían cuando necesitaran menos de ella en la casa. Una noche que él la sorprendió yendo a casa de Macqueron a comprar azúcar, obstinóse ella en no seguirle a la espalda de la iglesia, y le habló todo el tiempo de la Coliche y de las señales que presentaba de un próximo parto. Y he aquí que precisamente la víspera de san Fiacre se vio Elisa acometida, después de comer, de grandes dolores, en el momento en que estaba en el establo con su hermana mirando a la vaca, que, con la tripa caída sufría también y mugía dulcemente. - ¡Cuando yo lo decía!-exclamó furiosa-. ¡Estamos aviados! Tocándose la tripa y golpeándola como para castigarla, la recriminaba y le hablaba; bien hubiera podido esperar. Parecía como si le picaran avispas en los costados, y los dolores le nacían de los riñones, bajándole hasta las rodillas. Se negaba a acostarse, repitiendo que quería contener aquello. Hacia las diez, Buteau, cansado de ver que nada sucedía y decidido a dormir, dejó a Elisa y Francisca en el establo, al lado de la Coliche, cuyos sufrimientos aumentaban. Las dos comenzaban a estar inquietas porque aquello no se resolvía. Hacían mimos al animal, le animaban, le daban azúcar, que rehusaba, con la cabeza baja y el lomo agitado por profundas sacudidas. A medianoche, Elisa, hasta entonces muy molesta, se encontró de pronto mejorada; no era más que una falsa alarma. Ella y su hermana pasaron toda la noche velando a la Coliche y aplicándole paños calientes a los costados, mientras que la otra vaca, asombrada, seguía la luz con su mirada estúpida. Al salir el sol, Francisca, viendo que aquello no acababa, fue a buscar a su vecina la Frimat, muy entendida en aquellos asuntos, pues había cuidado a tantas vacas, que se acudía a ella en los casos difíciles para no tener que llamar al albéitar. Apenas llegó hizo un gesto. - No tiene buen aspecto. ¿Desde cuándo está así? - Desde hace diez horas. Continuó examinando a la vaca, haciendo muecas que asustaban a las otras mujeres. - Ahora viene la bolsa... Hay que esperar. Y pasó toda la mañana mirando cómo se formaba la bolsa de las aguas. La estudiaba y la medía: una bolsa como cualquiera otra. A las nueve se detuvo de nuevo el trabajo; la bolsa colgaba con un balanceo irregular por los estremecimientos de la vaca. Cuando Buteau volvió del campo a comer, se asustó también y habló de ir a buscar a Patoir, temblando ante la idea del dinero que le iba a costar la visita. - ¡Un veterinario!-dijo con acritud la Frimat- ¿Para que la mate? No, no, yo misma romperé la bolsa.

- Pero -hizo notar Francisca -el señor Patoir prohíbe que se rompa. Dice que el agua de que está llena ayuda. La Frimat se encogió de hombros. ¡Buen animal estaba hecho Patoir! Y de una cuchillada rompió la bolsa. Las aguas cayeron, produciendo un ruido parecido al de un cubo que se vierte desde lo alto. La Coliche respiró un momento con más facilidad y la vieja triunfó. Se había untado la mano derecha con manteca, y la introdujo, tratando de reconocer la posición del feto, maniobrando sin apresurarse. Elisa y Francisca la miraban llenas de ansiedad. Buteau mismo, que no había vuelto al campo, esperaba, inmóvil y sin respirar. - Toco las patas -murmuró la vieja-, pero no encuentro la cabeza. Mala señal cuando no se encuentra la cabeza... Tuvo que sacar la mano. La Coliche experimentó una violenta sacudida e hizo un esfuerzo tan terrible que asomaron las pezuñas. Los Buteau respiraron; les pareció que ya tenían parte de su becerro al ver salir las patas, y desde aquel momento estuvieron obsesionados por un pensamiento único: tirar, para tenerlo en seguida, como si sintiesen miedo de que se volviera hacia adentro y no saliese más. - Mejor sería no precipitarlo -dijo prudentemente la Frimat-. Acabará por salir. Francisca era de la misma opinión. Pero Buteau se agitaba e iba a tocar las patas cada tres minutos, enfadándose porque no se alargaban. De pronto cogió una cuerda larga, que ató fuertemente ayudado por su mujer, tan impaciente y temblorosa como él; y como en aquel momento llegaba la mujer de Becu, atraída por la curiosidad, tiraron todos cogidos a la cuerda, primero Buteau, luego la Frimat, la Becu, Francisca y la misma Elisa acurrucada la última para que no le hiciesen daño en el vientre. — ¡Eh, tira!-gritaba Buteau-. ¡Todos a una! ¡Ah, el muy camello no se ha movido siquiera! ¡Ayuda, ayuda. condenado! Las mujeres, sudorosas y sin poder respirar, repetían: — ¡Eh..., tira!... ¡Ayuda, condenado! Pero ocurrió una catástrofe. La cuerda, vieja y medio podrida, se rompió, y todos rodaron por el suelo entre el estiércol, profiriendo gritos y juramentos. — ¡No ha sido nada, no hay cuidado!-declaró Elisa, que había rodado hasta la pared, y a quien ayudaban a levantarse. Sin embargo, apenas se puso en pie, tuvo un desvanecimiento y se vio obligada a sentarse durante un cuarto de hora. Después se sujetó el vientre; sentía de nuevo los mismos dolores que el día antes, profundos y acentuados a intervalos regulares. ¡Y ella que creía que se había aplazado! ¡Qué maldita casualidad que la vaca no hubiese ido más de prisa y que se viera ella entonces con los dolores, como si fuera a salir del paso antes que el animal! En fin. no había más remedio; estaba visto que las dos iban a parir al mismo tiempo. Elisa daba grandes suspiros que motivaron una discusión entre ella y su marido. ¿Por qué demonios se había puesto a tirar también de la cuerda? ¿Qué tenía que ver ella con la barriga de las demás hembras? Bien podía ocuparse solamente de la suya. Ella respondía con injurias y groserías, porque sufría mucho: “¡Cochino, indecente!” Si no le hubiera llenado el saco, no tendría ella que vaciarlo entonces. - Todo eso -observó la Frimat -son palabras y tonterías que no conducen a nada. Y la mujer de Becu añadió: - Pero consuelan. Eran las tres; esperaron hasta las siete. No se adelantó nada. La casa era un infierno. Por un lado Elisa, que se retorció en una silla, dando gritos y apretándose la barriga. Por el otro la Coliche, que no mugía, pero que se veía acometida cada vez con más frecuencia de temblores y sudores verdaderamente alarmantes. La otra vaca se había puesto a mugir de miedo. Francisca entonces perdió la cabeza, y Buteau, jurando y blasfemando, se empeñó en tirar otra vez, fue en busca de dos vecinos y se pusieron a tirar los seis como si derribasen un árbol, con una cuerda nueva que no había miedo de que se rompiera. Pero la Coliche, destrozada, cayó de costado encima de la paja, estirada, resoplando y en un estado lamentable. — ¡No sacaremos este maldito becerro!-exclamó Buteau, que estaba como loco. Francisca cruzó las manos en ademán suplicante. — ¡Ve a llamar al señor Patoir!... ¡Cueste lo que cueste, que vayan a buscar al señor Patoir! Ya había oscurecido. Después de otro esfuerzo inútil, salió de la cuadra, sin decir palabra, y enganchó el carro. La Frimat, que parecía no ocuparse ya de la vaca desde el momento en que hablaron de la visita del veterinario, pensó entonces en Elisa. También era útil para partos, y todas las vecinas pasaban por sus manos. Parecía tomarse mucho interés; no ocultaba sus temores a la mujer de Becu, la cual llamó a Buteau, que ya se disponía a montar en el carro. - Escuche..., su mujer no va bien. Debería traer también al médico. Él permaneció mudo, con los ojos fuera de las órbitas. ¿Cómo? ¡Otra que quería morir! ¡Pues él no tenía dinero para todo! - Pero si yo no quiero, no quiero-gritó Elisa entre dolores tremendos-. Yo saldré adelante. ¡No tenemos dinero para tirarlo por la ventana! Buteau se apresuró a fustigar el caballo, y el carro desapareció a lo lejos, por la carretera de Cloyes, entre las tinieblas de la noche. Cuando, dos horas después, llegó por fin Patoir, lo encontró todo en el mismo punto; la Coliche echada de costado y resoplando, y Elisa retorciéndose como un gusano, mitad en la silla, mitad en el suelo. Hacía veinticuatro horas que duraba aquella situación. - Vamos a ver, ¿para cuál de las dos me llaman? -dijo el veterinario, que tenía siempre buen humor y ganas de broma. Y en seguida, tuteando a Elisa: - Vamos, muchacha -dijo-, si no es para ti hazme el favor de meterte en cama, que buena falta te hace. Ella no contestó ni se fue. El veterinario estaba ya examinando la vaca. — ¡Demonio! Este animal se halla en un estado endiablado. Siempre me llaman demasiado tarde... y han tirado, según veo. ¡Eh! ¡Siempre lo mismo, condenados! Prefieren tener el becerro en dos pedazos, a esperar que venga naturalmente y como Dios manda. ¡Torpes! Todos escuchaban con cara triste,

con la cabeza baja, con ademán respetuoso y desesperado: solamente la Frimat se mordía los labios, con aire desdeñoso y despreciativo. El veterinario se quitó el gabán, se remangó las mangas de la camisa, metió los pies del becerro después de haberlos atado con un cordel para poder sacarlos cuando conviniese, e introdujo la mano derecha. — ¡Demonio!-repitió al cabo de un momento-. ¡Lo que yo suponía! La cabeza está doblada hacia la izquierda, y aunque hubiesen estado tirando hasta mañana, no hubieran logrado nada... Sabed, hijos míos, que está muy majo su becerro. No tengo ganas de romperme los dedos volviéndolo, porque, además, no conseguiría nada y lastimaría a la madre. Francisca se echó a llorar. - ¡Señor Patoir, por Dios, salve a nuestra vaca!; Pobrecilla ¡Coliche! Y Elisa, en medio de sus dolores, y Buteau bueno y sano y tan sensible al mal ajeno, se lamentaba, se enternecía, formulando la misma súplica. — ¡Salve a nuestra vaca, a nuestra vaca vieja, que nos da tan buena leche desde hace no sabemos cuántos años! ¡Sálvela, señor Patoir! - Pero entendámonos; porque no tengo más remedio que destrozarse el becerro. — ¡Bueno; ya tendrá otro!... ¡Pero salve a nuestra vaca, señor Patoir, sálvela! Entonces el veterinario, que había llevado un gran delantal azul, hizo que le prestasen un pantalón de tela. Se desnudó por completo en un rincón, detrás de la otra vaca, y se puso luego el pantalón y el mandil encima, atado a la cintura. Cuando se presentó, con su cara de dogo, gordo y pequeñuelo y en aquel traje ligerísimo, la Coliche levantó la cabeza, dejó de quejarse y le contempló, admirada, sin duda. Pero nadie sonrió siquiera; de tal manera encogían los corazones la impaciencia y el temor. — ¡Enciendan velas!-gritó Patoir. Hizo que colocasen cuatro en el suelo y se echó boca abajo, en la paja, detrás de la vaca, que ya no podía levantarse. Durante un instante permaneció inmóvil, con la nariz metida entre las ancas de la bestia. Luego se decidió a tirar del cordel y a sacar de nuevo las patas del becerro, las cuales examinó atentamente. A su lado había puesto una caja larga y estrecha; se apoyó sobre el codo, e iba ya a coger el bisturí, cuando un gemido angustioso y profundo le asombró y le hizo sentarse. — ¡Cómo! ¿Todavía estás ahí? Ya decía yo que no era la vaca-exclamó dirigiéndose a Elisa. Ésta, acometida por los dolores de expulsión, hacía fuerzas y empujaba, con las caderas destrozadas ya. - ¡Demonio! ¡Vete, sal como puedas del paso, y déjame que salga yo como Dios me dé a entender del mío! ¡Me estorbas, porque me pones nervioso: palabra de honor! No des gritos ahí detrás. ¡Vamos, juicio! Llévensela de aquí. Entre la Frimat y la mujer de Becu cogieron a Elisa cada una por debajo de un brazo, para llevarla a su cuarto. Ella se dejaba, porque ya no le quedaban fuerzas para resistir. Pero al pasar por la cocina, donde ardía una sola vela, exigió que dejaran todas las puertas abiertas para oír lo que pasaba. La Frimat había preparado ya la cama para el parto, siguiendo la costumbre del campo: una sábana en el centro de la habitación, sobre un montón de paja y tres sillas boca abajo. Elisa se echó, se espatarró en una de las sillas, con un pie en la segunda y otro en la tercera. Ni siquiera se había desnudado; sus pies se retorcían dentro de los zuecos, sus medias azules subían hasta las rodillas, y las sayas, remangadas hasta la cabeza, descubrían su monstruoso vientre y sus muslos gordos y blancos. En el establo, Buteau y Francisca alumbraban al veterinario en cuclillas, en tanto que Patoir, echado en la paja, practicaba con el bisturí una incisión en el costado izquierdo de la vaca. Desprendió la piel y tiró, dejando aquel sitio en carne viva. Francisca, pálida, desfalleciente, soltó la vela y escapó, gritando: — ¡Pobre Coliche!... ¡No quiero ver eso! ¡No quiero ver eso! Patoir se puso furioso, tanto más cuanto que tuvo que levantarse para evitar un principio de incendio en la paja por la caída de la vela. — ¡Maldita muchacha! ¡Es nerviosa como una princesa!... ¡Nos va a ahumar como si fuésemos jamones! Francisca, sin dejar de correr, fue a sentarse en una silla en el cuarto en que daba a luz su hermana, cuyos dolores y quejidos no la extrañaban, como si le pareciesen la cosa más natural del mundo después de lo que acababa de ver. Con un gesto rechazó la visión de aquellas carnes desgarradas, y contó, tartamudeando, lo que le estaban haciendo a la vaca. - Eso no puede ser; es necesario que vaya -dijo de repente Elisa, quien, a pesar de sus dolores, hizo un esfuerzo para salir de entre las tres sillas. Pero la Frimat y la Becu, enfadadas, la retuvieron a la fuerza. - Vamos, ¿quiere estarse quieta? ¿Qué demonios tiene en el cuerpo? Y la Frimat añadió: — ¡Y qué! También usted va a romperse ahora. En efecto, las aguas salieron con violencia, y empaparon en un momento la sábana y la paja; los últimos dolores expulsivos comenzaron a ser furiosos. El vientre, desnudo, empujaba en cada nueva contracción, como si fuera a romperse, en tanto que las piernas, metidas en sus medias azules, se replegaban y se abrían con un movimiento inconsciente, parecido al de las ranas cuando van a zambullirse en el agua. - Vamos -replicó la Becu-, para tranquilizarla iré yo a ver lo que pasa y le traeré noticias. Desde aquel momento no hizo más que correr de la alcoba al establo, y, para ahorrarse carreras, daba las noticias a grito pelado, desde la puerta de la cocina. El veterinario continuaba su operación, entre el estiércol empapado en sangre; una operación penosa y sucia, de la que saldría endiabladamente manchado desde los pies a la cabeza. - Esto va bien, Elisa -gritaba la Becu-. Empuje sin miedo... Ya va saliendo; ahora va a arrancar la cabeza... Ya la tiene... Anda, anda, qué cabeza tenía el demonio del becerro!... Ya se acaba... Ahora sale todo el cuerpo como si fuese una masa... Elisa acogía cada frase con un suspiro desgarrador, y no se sabía si sufría por ella misma o por el becerro. De pronto apareció Buteau con la cabeza del becerro. Aquello fue una exclamación general. — ¡Oh! ¡Qué becerro tan

hermoso! Ella, sin cesar de trabajar, empujando cada vez con más fuerza, con los músculos en tensión y los muslos hinchados, parecía presa de una desesperación inconsolable. - ¡Dios mío! ¡Qué desgracia!... ¡Oh! ¡Qué hermoso becerro. Dios mío! ¡Qué desgracia!... ¡Un becerro tan hermoso como nunca habíamos visto! Francisca se lamentaba igualmente, y las lamentaciones se volvieron tan agresivas, tan llenas de reticencias hostiles, que Patoir se ofendió. Acudió a la alcoba, aunque, por decencia, se detuvo en la puerta. - Ya se lo advertí a tiempo... Me suplicó que salvara la vaca... ¡Los conozco, bribones! ¡No vayan diciendo por ahí que les he matado el becerro! - No, no por cierto -murmuró Buteau, volviendo al establo con él-; pero, en fin, la verdad es que lo ha hecho pedazos. Elisa, tendida entre las tres sillas, sentía un escalofrío que le arrancaba de los costados y recorría sus muslos incesantemente; le parecía que se desgarraban sus carnes. Y Francisca, que, en su desolación, no había visto nada hasta entonces, quedó bruscamente estupefacta, en pie, delante de su hermana cuya desnudez le parecía recrudescida y monstruosa por las piernas abiertas y en medio la enorme bola del hinchado vientre, todo tan desfigurado y tan enorme, que ni siquiera le dio rubor. Jamás hubiera podido imaginar cosa semejante: aquello se asemejaba a la boca de un enorme tonel desfondado, a la ventana abierta de un pajar sombreado por una maleza espesa y muy negra. Luego, cuando observó que otra bola más pequeña, la cabeza de la criatura, salía y entraba a cada nuevo esfuerzo, en un perpetuo juego del escondite, se sintió acometida por unas ganas de reír tan violentas, que tuvo que toser para que no sospecharan que tenía mal corazón. - Hay que tener un poco de paciencia todavía -declaró la Frimat, que se había arrodillado entre las piernas de la parturienta, observando a la criatura y dispuesta a recibirla. Pero el chiquillo bromeaba, como decía la Becu: hubo un momento en que se ocultó del todo, como si no pensara volver a salir. Solamente entonces se arrancó Francisca a la fascinación de aquel agujero que tanto la intrigaba, y sintió cierta turbación extraña que la hizo acercarse a su hermana, cogerle la mano, compadecerse de ella y volver la vista a otra parte. — ¡Pobre Elisa! ¡Cuánto sufres! - Sí, sí, y nadie me compadece... Si me compadecieran... ¡Ay! ¡Ay! ¡Otra vez! ¿No acabará de salir nunca? Aquello podía durar largo rato todavía, y en eso estaban pensando cuando se oyeron voces que partían del establo. Era Patoir, que, asombrado de ver que la Coliche se agitaba y se quejaba aún, había sospechado la presencia de un segundo becerro; y, en efecto, metiendo la mano había sacado otro, sin dificultad ninguna esta vez, como quien saca un pañuelo del bolsillo. Su alegría de hombre gordo y bromista fue tan grande, que olvidó la decencia y acudió a la alcoba de la parturienta llevando el becerro y seguido de Buteau, que también bromeaba. — ¡Eh, amigas! ¡Querían uno, no es verdad? Pues aquí está. Y reventaba de risa, envuelto en su delantal y casi desnudo, con el cuerpo lleno de estiércol y llevando en los brazos al becerro, húmedo todavía. El bueno del veterinario parecía borracho. En medio de la aclamación general, Elisa, al verlo, fue acometida de un acceso de risa irresistible, interminable. — ¡Ooh! ¡Qué raro está! ¡Ooh! ¡Qué barbaridad hacerme reír así!... ¡Ooh! ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo me duele!... ¡Me muero!... ¡No, no me hagáis reír más, o me muero! La risa hervía en el fondo de su abultado pecho, descendía al vientre y allí rugía como un viento de tempestad. Estaba sin poderse mover, y la cabeza de la criatura había recobrado su movimiento hacia adentro y hacia afuera, como una pelota que salta, disponiéndose a partir como un rayo lanzado contra la pared. Pero, el colmo fue cuando el veterinario, después de colocar el becerro delante de él, quiso secarse, con el revés de la mano, el sudor que le inundaba la frente, ensuciándose de estiércol y sangre. Todos se desternillaban de risa, y la parturienta se sofocaba dejando escapar gritos agudos, parecidos al cacareo de una gallina al poner un huevo. — ¡Me muero, acaben! ¡Maldito bufón, que me hace reír como una loca!... ¡Ah, Dios mío, Dios mío, voy a reventar! El agujero oscuro se agrandó todavía más, hasta el punto de que la Frimat, que seguía arrodillada, parecía en peligro de desaparecer por él; y de un golpe, la criatura salió, roja, con las extremidades muy pálidas. Oyóse solamente el ruido de agua que produce, al vaciarse una gran tinaja. Luego el recién nacido empezó a chillar mientras la madre, con sacudimientos nerviosos, reía cada vez más. Por un lado, chillidos; por el otro, risotadas. Y Buteau se golpeaba los muslos, la Becu se sujetaba los costados, Patoir reía como un loco, y hasta la misma Francisca, a quien su hermana había destrozado la mano en su último esfuerzo, satisfacía a su antojo la contenida curiosidad, contemplando aquello que le parecía una verdadera catedral, en la que debía caber todo el cuerpo del marido. - ¡Es niña!-declaró la Frimat. - No, no-dijo Elisa-, no quiero una niña, quiero un niño. - Pues entonces, te la vuelvo a meter y mañana haces un chico. Volvieron a comenzar las risotadas. Luego la recién parida, que, poco a poco, iba calmándose al ver allí al becerrillo, dijo: - ¡El otro era muy hermoso... y además hubiéramos tenido dos! Patoir marchó después de hacer beber a la Coliche dos litros de vino con azúcar. La Frimat desnudó y acostó a Elisa, mientras la Becu, ayudada por Francisca, quitaba la paja con una escoba. En diez minutos todo quedó en orden: nadie hubiese sospechado que allí acababa de verificarse un parto, a no ser por los lloros de la recién nacida, a la cual estaban lavando con agua templada. Después fue calmándose poco a poco, y la madre, rendida, se durmió con pesado sueño, con la cara congestionada, casi negra, resaltando sobre el embozo de la sábana, de tela morena. Hacia la medianoche, cuando las dos vecinas hubieron marchado, Francisca

dijo a Buteau que lo mejor que podía hacer era ir a descansar un rato al pajar. Ella había echado un colchón en el suelo, con objeto de pasar la noche en la alcoba de su hermana. Él no contestó y acabó de fumar silenciosamente la pipa. Reinó una profunda calma, en la cual sólo se oía la fatigosa respiración de Elisa. Luego, cuando Francisca se arrodillaba en el colchón al pie mismo de la cama, Buteau, que continuaba silencioso, se levantó y la derribó violentamente, agarrándola por detrás. Ella se volvió y lo comprendió todo en un instante, al ver su cara enrojecida y descompuesta. Sentíase otra vez acometido de los mismos deseos; no había renunciado a poseerla, y era preciso que sus apetitos fueran muy vehementes, para que se acordase de ellos allí, al pie mismo de la cama de su mujer, después de escenas nada halagüeñas por cierto. Le rechazó y le hizo caer al suelo. Hubo entre ambos una lucha sorda, jadeante. Él, con voz entrecortada, murmuraba: - Vamos, ¿no sirvo yo para las dos? La conocía bien y sabía que no gritaría. Y en efecto, Francisca se resistía sin hablar, demasiado orgullosa para llamar a su hermana, no queriendo que nadie, ni aun ella, se mezclase en sus cosas. Él la oprimía hasta estrangularla casi y estaba a punto de vencerla. ¡Sería tan conveniente! Puesto que vivían juntos, no tendrían que separarse nunca... Pero se oyó un grito de dolor. Silenciosamente le había clavado ella las uñas en el cuello; él, furioso entonces, hizo alusiones a Juan. - ¡Si te has creído que te vas a casar con ese cochino, te equivocas! ¡No podrás conseguirlo hasta que seas mayor de edad! Esta vez, como él la violentara por debajo del vestido con mano brutal, ella le dio tan fuerte puntapié en el bajo vientre, que Buteau rugió de dolor. De un salto se puso en pie, asustado, mirando a la cama. Su mujer dormía tan profundamente, que ni siquiera se había movido. Luego marchó, haciendo un gesto amenazador. Cuando Francisca se hubo echado en el colchón, en la tranquilidad que reinaba en la alcoba, permaneció con los ojos muy abiertos. No quería; jamás dejaría que se lo hiciese, aunque tuviese deseos. Y se admiraba de que la idea de que se podía casar con Juan no se le hubiese ocurrido nunca. 18. DESDE hacía dos días estaba Juan trabajando en las parcelas que tenía Hourdequin cerca de Rognes, en las que éste había instalado cierta máquina agrícola de vapor, alquilada a un industrial de Chateaudun. Con el carro y los dos caballos el joven conducía las gavillas a las eras cercanas, y luego llevaba el trigo a la granja, mientras la máquina, resoplando desde la mañana hasta la noche, estremecía la campiña con sus continuos ruidos. Juan quebrábase la cabeza buscando el medio de volver a poseer a Francisca. Hacía precisamente un mes que la había conseguido allí, entre aquellos trigos, cuando los dos estaban segando, y siempre se le escapaba llena de miedo. Desesperaba de volver a hacerla suya, y por ello era presa de un deseo ardiente, que le enloquecía. Mientras guiaba los caballos, se preguntaba por qué no había de ir a casa de los Buteau para pedir sin ambages a Francisca en matrimonio. Nada le había hecho romper con ellos de forma ostensible y definitiva. Los saludaba al pasar por la casa, y si dejaba de entrar, era obedeciendo a un simple escrúpulo de muchacho sorprendido en falta. Tan pronto como la idea del matrimonio se le apareció como único medio de poseer a la muchacha, se persuadió de que era su deber, y de que sería un mal hombre si no se casaba con ella. Sin embargo, al día siguiente, cuando volvió al trabajo, le acometió el miedo. Jamás se hubiera atrevido a dar aquel paso si no hubiese visto a Francisca y a Buteau que iban juntos a trabajar al campo. Pensando que Elisa siempre le había apreciado y que temblaría menos delante de ella, se escapó un momento, después de haber confiado las caballerías a su compañero. - ¡Hola! ¿Eres tú, Juan?- exclamó Elisa, que estaba ya levantada, en la convalecencia del parto-. Ya no se te ve. ¿Qué pasa? Él se excusó. Luego, apresuradamente, con la brutalidad propia de las gentes de su clase, abordó el asunto. Sin embargo, lo hizo tan torpemente, que al principio Elisa creyó que se le declaraba a ella, porque empezó por recordarle que la había amado y que de buena gana la hubiese hecho su esposa. Pero en seguida añadió: - Por lo cual también me casaría con Francisca, si me la diesen. Elisa le miró tan sorprendida, que él, turbado, empezó a tartamudear. - Ya sé que estas cosas no se hacen así... Por eso no quería más que insinuar la idea. - ¡Diablos!- respondió ella-. Me sorprende a causa de la diferencia de edades entre vosotros, y por eso no lo esperaba... En primer lugar, habría que saber lo que piensa Francisca. Juan había ido firmemente resuelto a contar todo lo sucedido, para hacer inevitable la boda; pero en el momento sintió escrúpulos y no se atrevió. Si Francisca no se había confesado a su hermana, si nadie sabía una palabra, ¿podría él ser el primero en hablar? Eso le desanimó, porque empezó a sentirse en ridículo, a causa de sus treinta y tres años. - Claro está - murmuró Juan- que tendríamos que hablarle, porque no la íbamos a obligar a casarse conmigo. Cuando se recobró de su asombro, Elisa le miró con aire alegre y amistoso, como siempre, porque, evidentemente la cosa no le desagradaba, y por lo mismo estuvo con él muy amable. - Ha de ser como la muchacha quiera, Juan... No soy de la opinión de mi marido, que se empeña en decir que es demasiado joven todavía. Va para los dieciocho años, y está tan desarrollada, que bien podría con dos maridos en vez de uno... Además, por mucho que se quieran dos hermanas, la verdad, es que ahora, que ya es mujer, preferiría tener en casa una criada y que ella viviese con su marido... Si dice que sí, casaos. Eres un buen sujeto, y, además, los gallos suelen ser mejores maridos que los pollos. Aquella confesión era un eco que se le escapaba, a su pesar, de la desunión lenta, pero creciente e invencible, entre ella y su hermana menor; de la hostilidad

agravada por los pequeños roces diarios de la vida en común; del sordo fermento de celos y de odio en aquella casa, desde que había allí un hombre con su voluntad y sus apetitos de macho. Juan, muy contento, la abrazó y le dio un beso sonoro en cada mejilla, cuando Elisa añadió: -Precisamente hoy es el bautizo de mi niña, y tendremos aquí a comer a la familia... Te convido, y la pedirás al tío Fouan, que es su tutor, si Francisca acepta tus proposiciones. - ¡Convenido!-contestó él-. ¡Hasta la tarde! Corrió en busca de sus caballerías, y las hizo trabajar todo el día a latigazo limpio, como si creyera que de aquel modo duraría menos la jornada. Los Buteau bautizaban aquel día a su hija, después de muchos retrasos y aplazamientos. En primer lugar, Elisa había exigido que no se hiciese hasta que ella estuviese bien, porque quería despacharse a su gusto en la comida. Luego, obsesionada por la ambición, habíase obstinado en que el señor Carlos y su mujer fuesen los padrinos, y como éstos, por condescendencia, habían aceptado, fue necesario esperar a la señora, que acababa de marchar a Chartres para ayudar a su hija en su negocio; se celebraba la feria de septiembre, y la tienda de la calle de los Judíos estaba constantemente llena de gente. Según Elisa había dicho a Juan, estarían enteramente en familia: Fouan, la Grande y los Delhomme, además de los padrinos. Pero en el momento crítico temieron que se suscitasen serias dificultades con el cura, el padre Godard, que estaba ya cansado de Rognes. Habíase resignado a todo: al paseo de seis kilómetros que le costaba cada misa y a las inaguantables exigencias de un pueblo que no tenía verdaderos sentimientos religiosos, mientras esperaba que el ayuntamiento se decidiera a permitirse el lujo de tener parroquia. Pero ya no podía tener más paciencia, en vista de que el ayuntamiento se obstinaba en no hacer obras en la iglesia, y de que el alcalde Hourdequin decía constantemente que el presupuesto municipal estaba demasiado recargado. Solamente el concejal Macqueron transigía con los curas, gracias a sus sordas miras ambiciosas. Y el abate, que ya no tenía para qué guardar consideraciones ni disimulos, trataba a Rognes con dureza, no le concedía más culto que el estrictamente necesario, sin oraciones ni funciones extraordinarias. ni cirios ni incienso quemados sin precisión, por lo que vivía en perpetua guerra con las mujeres del pueblo. En junio habían librado una batalla reñidísima a propósito de la primera comunión. Dos niñas y tres muchachos asistían a la clase de catecismo que explicaba él los domingos, después de la misa; y en vez de haber ido a Rognes a confesarlos, como era natural, se empeñó en que los muchachos fueran a Bazochesle-Doyen. Aquello dio origen al primer levantamiento femenino. ¡Ah, no! ¡Tres cuartos de hora para ir y otro tanto para volver! ¿Quién sabía lo que podía suceder yendo solos los chicos con las chicas? Luego surgió la revolución tempestuosa, terrible, cuando se negó terminantemente a celebrar en Rognes la misa mayor cantada y las demás ceremonias. Se empeñaba en celebrarla en su parroquia. Durante quince días, las mujeres chismorrearon a propósito de esto: ¡Cómo! ¡Los bautizaba, los casaba y los enterraba en su pueblo, y luego no podía darles la comunión como Dios manda y como debe hacerse! El cura se obstinó; no dijo más que una misa rezada, y despachó a los cinco nuevos comulgantes, sin añadir ni una flor, ni un Orenius de consuelo; y cuando las mujeres, llorosas de rabia al ver de qué modo las trataba, le suplicaron que, por lo menos, cantase las vísperas por la tarde, el padre Godard se enfadó: “¡No, por cierto!” Les daría lo estrictamente necesario y nada más; hubieran tenido misa mayor y vísperas en Bazoches, si sus malas cabezas no les hubieran hecho rebelarse contra Dios. Con estos preliminares era inminente el rompimiento entre el padre Godard y el pueblo de Rognes; el roce más insignificante determinaría la catástrofe. Cuando Elisa fue a ver al cura para hablarle del bautizo de su hija, él dijo que lo haría el domingo después de la misa. Pero ella le suplicó que volviese el martes, a las dos, porque la madrina no estaría de vuelta de Chartres hasta ese día por la mañana. El cura acabó por consentir, recomendando mucho que fuesen muy exactos, porque estaba decidido a no esperar ni un segundo. El martes, a las dos en punto de la tarde, el padre Godard estaba en la iglesia, sofocado por la caminata y hecho una sopa por causa de la lluvia que le sorprendió en el camino. Nadie había llegado aún. No se veía más que a Hilario, barriendo un rincón de la capilla bautismal. Desde la muerte de su hermana, el enfermo vivía de la caridad pública, y el cura, que de vez en cuando le daba monedas de veinte sueldos, había tenido la idea de ocuparle en aquella limpieza, cien veces decidida y otras tantas aplazada. Durante algunos minutos estuvo contemplando con interés aquel trabajo. Luego sintió los primeros síntomas de mal humor; después se irritó. -¿Se estarán burlando de mí?- dijo-. Son ya las dos y diez. Al asomarse a la puerta para mirar a la casa de los Buteau, silenciosa y cerrada, vio al guarda rural que esperaba bajo el porche, fumando tranquilamente su pipa. - ¡Toque, Becu!-gritó el cura-. Eso hará venir a esos tunantes. Borracho como siempre, Becu se colgó de la cuerda de la campana. El cura había ido a ponerse la sobrepelliz. Desde el domingo antes tenía preparada el acta en el libro de registro, y pensaba despachar la ceremonia él solo, sin ayuda de monaguillos, que le hacían siempre rabiar. Cuando todo estuvo dispuesto, se impacientó de nuevo. Habían transcurrido otros diez minutos: la campana seguía tocando, monótona, terca, desesperante, en el silencio profundo de la aldea. -Pero ¿qué diantres hacen? ¡Habrá que ir a buscarlos con un palo! Al fin vio salir de casa de Buteau a la Grande, que caminaba con su aspecto majestuoso de reina, erguida y seca como un palo, a pesar de sus ochenta y cinco años. La familia tenía un verdadero disgusto:



todos los convidados estaban allí, a excepción de la madrina, a quien desde por la mañana esperaban inútilmente, y el señor Carlos, confuso y turbado, repetía, sin cesar, que era aquello muy extraño, que había tenido carta precisamente la noche antes, y que la señora, que sin duda se habría detenido en Cloyes, debía llegar de un momento a otro. Elisa, inquieta, sabiendo que al cura no le gustaba esperar a nadie, había tenido la idea de enviarle a la Grande para lograr que tuviese un poco de paciencia. -¿Qué pasa?-le preguntó él desde lejos- ¿Va a ser hoy, o mañana?... Sin duda se han figurado que Dios está a sus órdenes. -Ya vienen, señor cura, ya vienen-respondió la anciana, con calma impasible. Hilario sacaba en aquel momento la última espuerta de basura. Balanceábase sobre sus piernas temblonas, pero no se doblaba a pesar de su carga, porque tenía una fuerza muscular mayor que la de un toro. Su boca de conejo salivaba, sin que ni una sola gota de sudor mojara su piel negruzca. Indignado por la flemma de la Grande, el padre Godard cayó sobre ella. -Vamos a ver, Grande; dígame si es caritativo que usted, que es rica y no tiene más que este nieto, consienta que pida limosna por esos caminos de Dios. Ella replicó con dureza: -Su madre me desobedeció, y nada tengo que ver, por tanto, con su hijo. -Ya le he dicho, y se lo repito ahora, que irá al infierno si tiene tan mal corazón... El otro día, a no ser por mí, se hubiese muerto de hambre, y hoy me he visto obligado a inventar un trabajo para él. Al oír la palabra "infierno", la Grande hizo una mueca desdeñosa. Decía siempre que el infierno está en este mundo para los pobres. Pero la vista de Hilario, llevando espuestas de basura, la hacía reflexionar mucho más que las amenazas del cura. Estaba sorprendida, porque nunca hubiera creído que aquel patizambo tuviese tanta fuerza. -Si quiere trabajo-dijo por fin la vieja-, quizá se lo encontremos. -Su sitio está entre ustedes; lléveselo, Grande. -Ya veremos; que vaya mañana. Hilario, que había comprendido, se puso a temblar tan fuertemente, que por poco se rompe los pies al dejar caer un cascote que llevaba en la espuerta. Al marcharse dirigió una mirada furtiva a su abuela, mirada de animal castigado, medroso y sometido. Pasó otra media hora. Becu, cansado de repicar, fumaba otra vez al sol. Y la Grande, silenciosa, imperturbable, permanecía allí como si con su presencia estuviesen cumplidos los deberes de cortesía que todos tenían con el cura, mientras que éste, cada vez más exasperado, iba a cada momento a la puerta de la iglesia con objeto de lanzar, a través de la desierta plaza, una mirada furiosa a la casa de los Buteau. - ¡Toque otra vez, Becu!-gritó de repente-. ¡Si dentro de tres minutos no están aquí, me voy! Entonces, al volteo enloquecedor de la campana, que hizo salir volando precipitadamente a los cuervos que anidaban en el campanario, vióse a los Buteau que salían uno a uno y empezaban a cruzar la plaza. Elisa estaba consternada porque la madrina no llegaba, y habían decidido encaminarse despacio a la iglesia, con la esperanza de que mientras tanto llegaría. No había más que cien metros de distancia, y el padre Godard les daba prisa. -¡Pregúnteles si se están burlando de mí! Soy demasiado complaciente y hace media hora que espero... ¡Vamos, pronto, pronto! Al llegar, a empujones metió en la iglesia a la madre, que llevaba en brazos a la recién nacida; al padre, al abuelo Fouan, al tío Delhomme. a la tía Fanny y hasta al señor Carlos, muy digno y vestido de levita negra, cual corresponde a un padrino. -Señor cura -dijo Buteau con tono de humildad exagerada, en el cual se transparentaba cierta malicia-, si fuese tan amable que nos hiciese la merced de esperar un poquito... -Esperar, ¿a quién? -A la madrina, señor cura. El padre Godard enrojació violentamente, logrando balbucear: -¡Busque otra! Todos se miraron; Delhomme y Fanny menearon la cabeza, en tanto que Fouan declaró: -No puede ser; sería una tontería. -Mil perdones, señor cura-dijo el señor Carlos, que creyó deber intervenir, explicando las cosas, como hombre de buena educación- tenemos la culpa y no la tenemos... Mi mujer nos había escrito formalmente que vendría anoche o esta mañana. Está en Chartres. El padre Godard tuvo un sobresalto, y fuera de sí, olvidándose de todas las conveniencias, exclamó: -¡En Chartres, en Chartres! Siento que intervenga en esto, señor Carlos. Pero así no podemos continuar; no, no he de tolerar por más tiempo... Y se puso cada vez más furioso. -Aquí no se sabe cómo ofender a Dios en mi persona; esto es un nuevo bofetón como los que llevo cada vez que vengo a Rognes... Pero ahora cumpliré las amenazas que he formulado otros días, y me voy para no volver más. Dígame eso al alcalde; busquen un cura y páguenle, si quieren tenerlo..., o por mi parte, hablaré a monseñor, le contaré cómo son y estoy seguro de que me dará la razón... Sí, ya veremos quién será el castigado. Van a vivir sin cura, como los animales. Todos le escuchaban con curiosidad, pero en el fondo con perfecta indiferencia. Más cuenta les tenía guardar sus respetos y sus temores para los gendarmes del gobierno, que eran los más fuertes. El padre Godard vio a Buteau burlón, a la Grande desdeñosa, a Delhomme y Fouan muy fríos, y se enfureció al considerar que aquella gente no tenía temor de Dios. - ¡Ya sé que seis vacas tienen más religión que ustedes!... ¡Adiós! Y metan al chiquillo en el río, si quieren bautizarlo, salvajes. Corrió a la sacristía para quitarse la sobrepelliz, volvió a cruzar la iglesia y marchó, tan rápidamente, que las gentes que estaban allí para asistir al bautizo no tuvieron tiempo de decir una palabra y quedaron con la boca abierta y los ojos espantados. Pero lo peor fue que en aquel momento, mientras el cura se encontraba en la calle Nueva con Macqueron, vióse llegar por la carretera un cochecillo en el que venían la señora de Badeuil y Elodia. La primera dijo que se había detenido en Chateaudun, deseosa de abrazar a su nieta y que le habían

permitido salir del colegio para pasar dos días con ella. La buena señora se mostraba desolada por haber hecho esperar con su tardanza, y declaró que ni siquiera había querido pasar por Roseblanche a dejar su maleta. -Es menester alcanzar al cura -dijo Elisa-, porque solamente a los perros no se los bautiza. Buteau echó a correr, pero el padre Godard le llevaba mucha delantera; había pasado el puente y subido la colina, y se le veía ya en lo alto del montecillo. -¡Señor cura, señor cura! El padre Godard acabó por volver la cabeza y detenerse. -¿Qué ocurre? -Ahí está la madrina... El bautismo no se le niega a nadie. Por un instante permaneció inmóvil. Luego, con el mismo paso precipitado, comenzó a bajar la falda de la colina, siguiendo al labrador, y así llegaron los dos a la iglesia, sin haber cruzado una sola palabra. La ceremonia fue muy breve: el cura ungió a la criatura, le aplicó la sal y le echó el agua bautismal. Ya estaba haciendo que firmasen en el libro del registro, cuando la señora de Badeuil le dijo: -Señor cura, le traigo una caja de dulces, pero la tengo en la maleta. Él hizo un gesto para dar las gracias y marchó, después de repetir, volviéndose hacia todos: - ¡Y adiós para siempre! El matrimonio Buteau y su familia, sofocados por las prisas, le vieron desaparecer por la esquina de la plaza, envuelto en su sotana. Toda la gente de la aldea estaba en el campo; en la plaza sólo se veían tres chiquillos jugando, y, a lo lejos, oíase el resoplido de la trilladora de vapor, que no cesaba de trabajar un momento. Cuando se encontraron en casa de Buteau, a la puerta de la cual esperaba el cochecillo con la maleta de la señora de Badeuil, todos convinieron en beber una copa y volver por la noche para cenar juntos. No eran más que las cuatro; ¿qué iban a hacer hasta las siete? Entonces, cuando las copas y los jarros estuvieron encima de la mesa de la cocina, la señora de Badeuil se empeñó en que le llevasen la maleta, para distribuir los regalos. La abrió y sacó la capa y la gorrita, que llegaban un poco tarde, y después las seis cajas de dulces que destinaba a la madre. -¿Es esto de la confitería de mamá?-preguntó Elodia, con curiosidad. La señora de Badeuil tuvo un momento de turbación. Después, tranquila ya, contestó: -No; hija mía; tu madre no trabaja en esta especialidad-y volviéndose a Elisa, añadió- También he pensado en ti para ropa blanca... No hay cosa más útil en una casa que la ropa blanca vieja... Se la he pedido a mi hija y he desvalijado el fondo de sus armarios. Al oír hablar de ropa blanca, todos se habían acercado: Francisca, la Grande, el matrimonio Delhomme, hasta Fouan, y formando círculo alrededor de la maleta, vieron a la anciana sacar un lío de trapos recién lavados, que exhalaban, a pesar del olor de la lejía, marcado aroma de almizcle. Primero salieron sábanas finas hechas jirones, luego camisas, casi todas de mujer, desgarradas, y a las cuales, evidentemente habían arrancado los encajes y bordados del canesú y de las mangas. La señora de Badeuil las desdoblaba, sacudía y daba explicaciones. -¡Caramba! Las sábanas no están nuevas, porque tienen cinco años de uso y al fin y al cabo el roce del cuerpo las rompe. Ya ven, todas están rotas por el centro, pero los lados están buenos y se pueden hacer con ellos multitud de cosas. Todos se acercaban para verlas y tocarlas, haciendo movimientos de cabeza aprobatorios, las mujeres sobre todo, y en especial la Grande y Fanny, cuyos labios apretados delataban claramente la envidia que sentían. Buteau sonreía en silencio, en tanto que Fouan y Delhomme denotaban con su actitud el respeto que les merecía la ropa blanca, que para ellos era la mayor riqueza del mundo, después de la tierra. -Las camisas -siguió diciendo la señora de Badeuil, desdoblándolas a su vez -no están viejas del todo... ¡Ah, eso sí! Desgarrones no faltan; ¡un verdadero destrozo! Y como no siempre se las puede zurcir, porque los zurcidos molestan y además les quitan mérito, las tiran a la ropa vieja... Pero tú, Elisa, puedes componerlas muy bien... -Ya lo creo que me las pondré -dijo la campesina-; a mí no me importa llevar camisas zurcidas. -Y yo -contestó Buteau con su aire malicioso de siempre y guiñándole el ojo -me alegraré mucho de que me hagan algunos pañuelos con ellas. Esta vez todos rieron cuando la joven Elodia, que había seguido con la vista cada sábana y cada camisa, exclamó: —¡Oh, qué olor más raro echa esta ropa... y qué fuerte! ¿Es toda de mamá? La señora de Badeuil no titubeó. -Pues claro, hija mía... Es decir, es la ropa de sus oficiales. Deben de tenerla así las que se dedican al comercio. Cuando Elisa lo hubo guardado todo en su armario, con ayuda de Francisca, se brindó por fin, bebiendo a la salud de la chiquilla bautizada, a la que la madrina impuso el nombre de Laura, que era también el suyo. Luego charlaron un rato y escucharon al señor Carlos que, sentado en la maleta, interrogaba a su mujer sin esperar a estar solos, a causa de la impaciencia que sentía por saber cómo iban las cosas en Chartres. Aún se apasionaba con los negocios, aún pensaba en aquella casa, fundada con energía y trabajo, y jamás olvidada. Las noticias no eran buenas. Ciertamente su hija Estrella tenía manos y buena cabeza; pero su yerno Vancogne no la secundaba. Pasaba el día fumando y dejaba que todo se manchase y que todo se rompiera; las cortinas del número 3 estaban manchadas, el espejo del saloncito rojo estaba con el azogue corrido, las cubetas y jarros de los lavabos se salían, y ni siquiera se ocupaba de esas cosas. ¡Era necesario el brazo de un hombre para que se respetase el mobiliario de la casa! A cada nuevo destrozo de que el señor Carlos tenía noticia, daba un suspiro, sus brazos caían y su rostro se ponía más pálido. Una última queja, murmurada en voz baja a su oído, fue para él el colmo. -En fin, él mismo se ocupa con la del número 5, una gorda. -¿Qué estás diciendo? -Sí, estoy segura, porque los he visto. El señor Carlos cerró los puños, temblando en un momento de exasperada indignación. - ¡Miserable! ¡Cansar así al

personal! ¡Comerse de ese modo el establecimiento! ... ¡Ah, eso es lo último! La señora le hizo callar con un gesto, porque Elodia volvía del corral, donde había ido a ver las gallinas. Bebieron otro poco de vino, cargaron la maleta en el cochecillo, y el matrimonio Badeuil y su nieta siguieron a pie hasta su casa. Los demás se fueron cada cual a dar una vuelta por la suya esperando la hora de la cena. Cuando estuvo solo Buteau, descontento de aquella tarde perdida, se quitó la chaqueta y se puso a amontonar trigo en un rincón del patio, porque necesitaba un saco para el día siguiente. Pero pronto se cansó de hacerlo solo, sin duda porque, para animarse, necesitaba la acostumbrada cadencia del golpeteo de las dos mazas, y llamó a Francisca, que a menudo le ayudaba en esa tarea, porque tenía los riñones fuertes y los puños tan duros como los de un muchacho. A pesar de la lentitud y de la fatiga de aquel sistema primitivo, se había negado siempre a emplear las trillas ordinarias, diciendo, como todos los pequeños propietarios, que prefería hacerlo todos los días, sin atender más que a sus necesidades cotidianas. -¡Eh, Francisca! ¿Vienes? Elisa, que la tenía ocupada en otras cosas de la cocina, quiso impedir que su hermana obedeciese; pero Buteau se enfadó y habló de pegarles a las dos. -¡Malditas mujeres! Si voy allá salen rodando todas las cazuelas, y vosotras con una patada en el trasero... ¡Es preciso ganarse el pan, puesto que también sabéis comerlo! Francisca, que se había quedado ya en refajo por miedo a mancharse el vestido, tuvo que obedecer, y uno y otro se pusieron a trabajar afanosos. Al cabo de un cuarto de hora, Francisca tenía las mejillas coloradas, las muñecas hinchadas, la piel ardorosa, y por sus labios salía, fatigosa y jadeante, la respiración. A cada golpe de maza su rodilla derecha estiraba el refajo; sus caderas y sus senos se hinchaban como si fueran a romper la tela; todas sus líneas se marcaban rudamente, como para mostrar la redondez de su cuerpo de mujer robusta. Saltó un botón del corpiño, y Buteau vio la carne blanca bajo la correcta línea del cuello, que subía y bajaba acompasadamente cada vez que movía los músculos del brazo. A las siete menos cuarto, cuando comenzaba a oscurecer, se presentaron Fouan y el matrimonio Delhomme. -¡Es menester que acabemos antes de cenar!-les gritó Buteau-. ¡Allá vamos! ¡Anda, Francisca, anda, valiente! Trabajando con ardor los encontró Juan, que llegaba a su vez, después de haber pedido permiso en la granja para cenar fuera. Sintió celos al verlos en aquella operación, tan acompasados, tan iguales en levantar y bajar las mazas, que cualquiera los hubiese creído ocupados en plantar un hijo más bien que en amontonar trigo. -¿Qué vienes a hacer aquí? En aquel momento apareció Elisa con Fouan y los Delhomme, con los cuales se acercó, diciendo sonriente: ¡Vaya, pues es verdad que no te lo he dicho!... Le vi esta mañana y le convidé a cenar. La cara de su marido adquirió una expresión tal de ferocidad, que Elisa se apresuró a añadir: -¡Creo, tío Fouan, que tiene que pedirle algo! -¿Qué tiene que pedirme?-preguntó el viejo. Juan se ponía colorado y balbuceaba, muy contrariado al ver que aquello seplanteaban de prisa y delante de todos. Además, Buteau le interrumpió violentamente, porque la mirada maliciosa que su mujer dirigía a Francisca se lo hizo comprender todo. -¿Quieres no fastidiarnos? ¡No se ha hecho esta miel para tu boca de asno, animal! Esa acogida brutal devolvió a Juan su valor acostumbrado. Volvió la espalda, y dirigióse al viejo. -La cosa -dijo -es muy sencilla, tío Fouan... Como usted es el tutor de Francisca, tengo que pedírsela para casarme con ella, ¿no es verdad?... Si ella me quiere, yo a ella también. Francisca, que aún tenía la maza en la mano, la dejó caer, sorprendida y asombrada. Debía sin embargo esperarlo, pero no creía que Juan se atreviese a pedirla tan pronto. Buteau no dio tiempo a que contestase Fouan. - ¡Bah! ¡Vaya desfachatez la tuya! - exclamó-. ¡Un viejo de treinta y tres años casarse con una chiquilla de dieciocho! ¡Vaya, hombre, pues no faltaba más! Juan comenzaba a enfadarse. -¿A ti qué te importa si ella me quiere y yo la quiero a ella? Miraba a Francisca para que le ayudase, pero la muchacha continuaba sorprendida, asustada, sin atreverse a despegar los labios. No podía decir que no, y no decía tampoco que sí. Buteau la miraba como si con la energía de sus ojos quisiera meterle el sí dentro del cuerpo, para que sus labios no lo pronunciaran. Si se casaba la perdía, y perdía además sus tierras. La idea brusca de esa consecuencia acabó de sulfurarle. -¡Vamos a ver, padre -exclamó-, vamos a ver, Delhomme, si esto no es asqueroso! ¿Cómo hemos de darle esta chiquilla a ese viejo de colmillo retorcido, que ni siquiera es de aquí, y que ha venido al pueblo sabe Dios cómo y por qué? -¿Y qué -interrumpió Juan-, si ella me quiere y yo la quiero? Vamos, Francisca, habla tú, mujer. -Pues es verdad -interrumpió Elisa, que deseaba que su hermana se casase para no verla en su casa-. Si se convienen, ¿A nosotros qué nos importa? Ella no necesita de tu consentimiento y bastante hace con no mandarte a paseo... ¡Vaya ocurrencia la tuya! Entonces Buteau comprendió que el matrimonio era un hecho si la joven hablaba, porque si sabían lo ocurrido entre ellos, todos encontrarían razonable la boda. Precisamente en aquel momento entraba la Grande en el corral, y detrás el matrimonio Badeuil con Elodia. Buteau los llamó por señas, sin saber aún lo que iba a decirles. Luego, con la cara apoplética, furioso, amenazando con el puño a su mujer y a su cuñada, gritó: —¡Malditas vacas!... Sí, las dos sois dos vacas, cochinas... ¿Queréis saber lo que sucede? Pues que me acuesto con las dos y por eso se burlan, las muy puercas... ¡Con las dos!... ¡Sí, os digo que son unas putas! Carlos y su mujer, con la boca abierta, recibieron aquel chaparrón de injurias sin saber por dónde les venía. Laura se precipitó hacia Elodia, que escuchaba, como si quisiera escudarla con su

cuerpo; luego la empujó hacia la puerta, gritándole: —¡Ve a ver las lechugas y las coles! ¡Oh, qué coles tan hermosas! Buteau seguía inventando horrores y diciendo cuantas infamias se le ocurrían. Elisa, sorprendida por aquel acceso brusco, se contentaba con encogerse de hombros, repitiendo: —¡Está loco! ¡Hay que dejarlo! ¡Está loco! - ¡Dile que miente!-gritó Juan a Francisca. -Pues claro que miente -contestó la joven con tranquilidad. - ¡Ah! ¡Conque miento! ¡Ahora veréis cómo os echo de aquí a las dos. bribonas! Aquella audacia furiosa paralizaba a Juan, que no sabía qué hacer. ¿Cómo había de confesar que Francisca se le había entregado? Buteau se sintió victorioso por aquella indecisión y por la actitud reservada de los demás, y volviéndose hacia Juan, exclamó: - ¡Y tú, tunante, cuidado con volver a fastidiarme en mi casa!... Ahora lo primero que haces es largarte a la calle..., ¿oyes? ¿Que no?... ¡Pues espera, espera!... Cogió la maza del suelo y la levantó con tanta rapidez, que Juan no tuvo tiempo más que para coger la otra maza, la de Francisca, y defenderse con ella. Hubo gritos, quisieron interponerse, pero estaban tan terribles que todos retrocedieron. En el centro del corral quedó un gran espacio vacío: los dos combatientes ensanchaban cada vez el círculo que formaban con sus terribles molinetes. Ninguno de los dos hablaba; los dos tenían los dientes apretados y las facciones contraídas. No se oía más que el golpear seco de las mazas cada vez que chocaban en una parada en firme. La lucha no podía durar; el primer golpe sería mortal. Delhomme y Fouan se precipitaron hacia ellos al oír gritar a las mujeres. Juan acababa de rodar por la paja, acometido traidoramente por Buteau, que, bajando la maza a nivel del suelo, le había dado en las piernas, pero se levantó en seguida sin hablar, blandiendo la maza con más furor que nunca. El arma describió un ancho círculo y cayó a la derecha, cuando el otro la esperaba por la izquierda. Unos centímetros más y su cráneo hubiera saltado hecho pedazos. Sufrió sólo una rozadura en la oreja, pero la maza le golpeó el brazo, fracturándose. La mano quedó como muerta y la maza cayó al suelo. - ¡Asesino! ¡Me ha matado!-gritó Buteau. Con los ojos inyectados en sangre, Juan dejó el arma también. Luego los miró a todos, como si se hubiera vuelto idiota tan rápidamente allí, y marchó cojeando con un gesto de furiosa desesperación. Cuando salió de la casa vio a la Trouille, que había presenciado el combate por encima de la tapia del corral. Aún reía de ver en lo que acababa aquel bautizo, al que ni ella ni su padre habían sido invitados. ¡Cómo se divertía Jesucristo al saber que a su hermano le habían roto un brazo! Juan, desesperado, se alejaba pensando que había perdido a Francisca. La Trouille caminaba detrás de él, oseando a sus gansos, sin hablar. 19.

DESDE el mes de mayo, después del esquilero y de la venta de los chotos, el pastor Soulas había sacado de la Borderie unas cuatrocientas cabezas, que le ayudaban a cuidar el porquero Fermín y sus dos perros, Emperador y Matanza, dos animales terribles: pero ya estaban a fines de septiembre, había que volverlas a encerrar durante la peor época del año en Beauce. Aquel día soplaban un fuerte viento, cuyas calientes y bruscas ráfagas hacían galopar por el cielo grupos amenazadores de espesas nubes negruzcas. Desde por la mañana, esperaba Soulas el agua que debían llevarle de la granja para él y su ganado, porque el sitio en que se encontraba, para que los animales paciesen, estaba al norte de Rognes y carecía absolutamente de agua. Al mediodía el sol era muy fuerte, y viendo que el agua no llegaba, mandó a Fermín para que averiguase qué sucedía. Al fin apareció el porquero corriendo y gritando: - Ya llegan; no han venido esta mañana, porque no había caballos. - Y tú, animal, ¿por qué no te has traído siquiera un cántaro para nosotros? - ¡Ah, no se me ha ocurrido! Soulas cerró el puño y quiso pegar al chiquillo, que pudo evitarlo echándose a un lado. Hasta las dos no se vio a nadie. El calor iba en aumento; el pastor, que, muerto de sed, esperaba pacientemente, sin hablar y con ademán estoico, dio al fin un suspiro de satisfacción. —Bien se han hecho esperar!-exclamó. En efecto, acercábanse dos carros que, a lo lejos, en el horizonte, parecían dos puntos negruzcos. En el primero, que guiaba Juan, iba un tonel de agua. Al fin llegaron los carros, y los pastores, los carneros y los perros se pusieron a beber con verdadera fruición. - Ahora -dijo Soulas cuando, después de saciar la sed, se puso de buen humor-. si fuérais buenos muchachos, echaríais una mano aquí, para ayudarnos a concluir el aprisco, que quisiera dejar acabado cuanto antes. Juan y Trou. el otro carretero, le ayudaron. El rebaño recorría los trigales, sin estar en el mismo sitio más de dos a tres días, el tiempo justo para que los carneros comieran los rastrojos de la siega; este sistema tenía la ventaja de que no se necesita quemar los rastrojos. Todos trabajaron con ardor clavando las estacas del aprisco, para luego colocar la redes de una a otra, a fin de que los carneros no puedan salirse del sitio que se desea. Soulas observó la cara triste de Juan y preguntó: -¿Qué demonios tiene ése? Parece que anda de funerales. Y como Juan moviese tristemente la cabeza, porque estaba como enfermo desde que le atormentaba la idea de que Francisca no podía ser ya suya, el viejo añadió: -Hay alguna hembra de por medio, ¿eh? ¡Ah, las bribonas! ¡Les debían cortar el pescuezo a todas! Trou, con sus miembros de coloso y su aire inocente de pobre diablo, se echó a reír; -Eso se dice cuando no se puede ya con ellas. -Efectivamente, ya no puedo, ya no puedo- repuso el pastor desdeñosamente-; pero tú no lo sabes, porque no he probado contigo... Y mira, más valiera que tú tampoco probases con alguna que yo sé, porque de seguro te ha de producir disgustos, hijo mío. Esa alusión a sus relaciones con la querida de su amo puso a Trou colorado hasta las orejas. Una mañana, Soulas los había

sorprendido en el granero, detrás de unos sacos. En su odio por la antigua fregona, tan orgullosa entonces con sus antiguos compañeros de antes, se había decidido al fin a abrir los ojos a su amo, pero a las primeras palabras éste le había mirado de una manera tan terrible, que enmudeció, resuelto a no hablar como no fuera que Santiaguilla hiciese que lo echaran de la granja. Vivían en pie de guerra, él temiendo que lo echasen como a un animal viejo, que ya no sirve, y ella esperando sentirse con bastante fuerza, para exigirselo a Hourdequin, que tenía cariño al pastor. En todo Beauce no había ninguno que cuidase mejor el ganado. El viejo, acometido de la comezón de hablar que sienten a veces las personas acostumbradas a la soledad, continuó: —¡Ah, si la bribona de mi mujer no hubiera echado al diablo todos mis ahorros a medida que yo los iba haciendo, ya me hubiera ido de la granja, para no ver tantas porquerías!... Esa Santiaguilla ha trabajado mucho más con los muslos que con las manos. Su posición la debe, no a su mérito, sino a sus carnes. Da rabia pensar que el amo se acuesta con ella en la misma cama de su difunta, y que ha logrado acostumbrarle a comer con ella sola, como si fuese su verdadera mujer. ¡Estoy viendo que el mejor día nos echa a la calle a todos, incluso a él! ¡Una bribona que no había hecho en su vida más que cuidar cerdos! Trou, a cada frase, cerraba más fuertemente los puños. Tenía, a veces, accesos de cólera que sus fuerzas de gigante hacían verdaderamente terribles. - ¡Eh, basta ya, viejo! Si fueras todavía hombre, ya te hubiese dado una bofetada... Es más honrada la uña de su dedo meñique, que todo tu indecente cuerpo de foca vieja. Pero Soulas lo tomaba a broma; se encogía de hombros por toda respuesta a aquellas amenazas. Él, que no reía jamás, lanzó una carcajada brusca y mohosa como el chirrido de una polea en desuso. - ¡Pobrecillo! Eres tan tonto tú como bribona es ella. Ya te convencerás cuando se harte de ti y saque las uñas... ¡Te digo que todo el mundo ha montado encima de ella! Sin ir más lejos, yo mismo he presenciado qué se yo cuántas escenas de éstas... Mira, apenas tenía catorce años cuando la pesqué un día en la cuadra con el tío Matías, un jorobado que ya murió. Otro día la vi contra la tapia del corral, con un chicuelo, Guillermo, que es soldado de húsares; además, ha estado con todos los mozos de labranza que han pasado por la granja, por los rincones, entre la paja, encima de los sacos, en el suelo... No tenemos que ir a buscar muy lejos. Si quieres hablar con alguien que te lo pueda contar por experiencia, aquí hay uno a quien pesqué un día entre la hierba con las manos en la masa. Y soltó otra carcajada, dirigiendo una mirada oblicua a Juan, el cual estaba silencioso, mirando distraídamente a otra parte desde que el viejo había empezado a hablar de Santiaguilla. —¡Pues que intente cualquiera tocarla ahora!-gruñó Trou, sacudido por la rabia que siente el perro cuando le van a quitar el hueso que roe-. ¡Le aseguro que le quito para siempre las ganas! Soulas le contempló un momento, sorprendido por aquellos celos de bruto, y después volvió al ensimismamiento de sus largos silencios, tras añadir con sequedad: - ¡Allá tú, hijo mío! Cuando Trou hubo montado en el carro que llevaba al molino. Juan permaneció todavía un rato con el pastor, para ayudarle, y éste, que le veía tan callado, triste y cabizbajo, acabó por hablar; -Supongo que no será esa Santiaguilla la que te tiene así. El muchacho hizo un gesto negativo. -Entonces ¿es otra?... ¿Quién es, que no la he visto nunca contigo? Juan miraba al tío Soulas, pensando que los viejos suelen ser buenos consejeros para esas cosas. Cedió también a cierta necesidad de expansión, y le relató todo el asunto; le contó cómo había poseído a Francisca y por qué desesperaba de hacerla suya después de la riña con Buteau. Hasta creyó que éste le llevaría a los tribunales por haberle roto el brazo, lo cual le impedía trabajar. Sin duda Buteau no lo había hecho ya pensando que nunca es bueno dejar que la justicia meta las narices en casa de un pobre. -¿De modo que has gozado a Francisca?-preguntó el pastor. -Sí, una vez. El viejo reflexionó, se puso grave y por fin dijo; -Es menester decírselo al tío Fouan. Tal vez así te la dé por mujer. Juan se extrañó que no se le hubiera ocurrido una cosa tan sencilla. El aprisco estaba ya colocado, y marchó, diciéndose que aquella misma noche iría a ver al viejo. Soulas siguió vigilando sus carneros. El chico que le acompañaba se había echado con los dos perros a la sombra. El viento había cesado bruscamente y la tempestad se corría hacia el este; el calor era muy fuerte, y el sol brillaba en un cielo purísimo, azul y despejado. Aquella noche dejó Juan el trabajo una hora antes, y fue a ver a Fouan, a casa de Delhomme, antes de cenar. Cuando bajaba la colina, vio a Fanny y a Delhomme en las viñas, ocupados en quitar hojas a las cepas. Lluvias abundantes habían caído al final de la otra luna; la uva maduraba en malas condiciones, y se trataba que aprovecharse los pocos días que quedaban de buen sol. El muchacho vio que no estaba aún el viejo y apresuró el paso, con la esperanza de poder hablar a solas con él, lo cual era sin duda alguna, preferible. La casa de los Delhomme se encontraba al otro extremo del pueblo, pasado el puente. Era un caserón al que habían añadido tres edificios que servían de establos y pajares, tres cuerpos de edificación irregulares que contenían un corral bastante grande, barrido todas las mañanas. - ¡Buenas noches, tío Fouan!-gritó Juan desde el camino, con voz poco firme. El viejo estaba sentado en el corral, con un bastón entre las piernas, la cabeza baja y tan absorto que no le oyó. Sin embargo, al segundo saludo levantó la vista y acabó por reconocer al que le hablaba. - ¡Ah! ¡Es usted, Caporal! ¿Adonde va? Acogió con tanta naturalidad y sin rencor al joven, que éste entró ya más tranquilo. Pero no se atrevió a hablarle de su asunto; perdía el valor, al pensar que tendría que contar lo que había hecho con Francisca. Hablaron del buen

tiempo y de lo conveniente que era para las viñas. Como el sol durase ocho días más siquiera, el vino sería bueno. Luego el joven quiso congraciarse con él. -Es usted el hombre más feliz del pueblo. -Sí, ciertamente. — ¡Cuando se tienen hijos como los de usted! Porque, ¿dónde se encontrarían otros como ellos? -Es verdad... Pero ya sabe que cada uno tiene su carácter. El viejo se había entristecido todavía más. Desde que vivía en casa de Delhomme, Buteau no le pagaba la renta, diciendo que no quería que su dinero fuera aprovechado por su hermana. Jesucristo no le había dado jamás un céntimo, y Delhomme, como alojaba y mantenía a su suegro, se abstenía de pagarle cantidad alguna. El viejo no sufría por falta de dinero para sus gastos, porque cobraba en casa del señor Baillehache los ciento cincuenta francos anuales, doce francos cincuenta céntimos todos los meses, procedentes de la renta de su casa. Con eso podía permitirse ciertos lujos: dos sueldos de tabaco todas las mañanas, una copita en casa de Lengaigne, el café en casa de Macqueron, porque Fanny, muy mirada y económica, no sacaba café y aguardiente de su armario más que cuando había algún enfermo. Y, a pesar de todo, aunque podía divertirse y no carecía de nada en casa de su hija, vivía triste, aburrido y desesperado. -¡Ah, caramba, sí!-replicó Juan sin saber que ponía el dedo en la llaga-. Cuando uno vive en compañía. nunca está como en su casa. -Eso, eso es precisamente -gruñó Fouan, y levantándose, como acometido de la necesidad de sublevarse, añadió-: Vamos a echar una copa, porque supongo que tengo el derecho de ofrecérsela a un amigo. Pero en seguida le asaltó un temor antes de entrar en la casa. -Limpíese los pies, Caporal -dijo, porque le aseguro que siempre está fastidiándome mi hija con que si se ensucia o no se ensucia la casa. Juan entró turbado, con la idea de desahogar su corazón antes que volviese Delhomme y su mujer. Le sorprendió el arreglo y buen orden de la cocina; las cacerolas relucían, en los muebles no había polvo, y, a fuerza de fregoteo, estaban gastadas las maderas. Todo estaba limpio y frío, como si nadie habitase allí. Junto a la lumbre, cubierta con ceniza, se mantenía caliente una cazuela de sopas del día antes. -¡A su salud!-dijo el viejo, que había sacado del estante que servía de aparador dos vasos y una botella. La mano le temblaba un poco al vaciar el suyo, temeroso de la libertad que se había tomado. Luego lo dejó encima de la mesa, con el ademán del hombre que se ha jugado el todo por el todo. —¡Si le dijese que Fanny no me habla desde anteayer, porque escupí en el suelo! Pues qué, ¿no escupe todo el mundo? Claro que escupo cuando me da la gana... No, no; más vale largarse de aquí que vivir de esa manera. Al servirse otro vaso de vino, contento por haber encontrado, al fin, un confidente que le escuchaba sin interrumpirle, se tranquilizó. No eran sino pequeñas rabietas, porque ella se empeñaba en no tolerar las rarezas propias de los viejos y porque quería someterle demasiado estrictamente a las costumbres de la casa. Pero no hubiera sufrido más si hubiera sido víctima de injurias y malos tratos. Una observación cualquiera, hecha en tono reticente, era para él un bofetón. Su hija mostraba una susceptibilidad inaguantable, la vanidad desconfiada, propia de la mujer honrada del campo, que le hería y le sacaba de sus casillas más que cualquier palabra grosera; y así las relaciones entre padre e hija eran cada vez más tirantes. Ella, que en otro tiempo había sido la mejor de todos, se agriaba entonces, y hacía objeto de una verdadera persecución a su padre, siempre detrás de él barriendo, pasando un trapo por el suelo y fastidiándole por lo que hacía y por lo que dejaba de hacer. No había entre ellos nada grave; sin embargo, aquello era un suplicio moral constante, que hacía llorar al pobre viejo, escondido siempre por los rincones. -Es menester que alguien sea prudente -decía Juan a cada nueva queja del viejo-. Con paciencia todo se consigue. Pero Fouan, que acababa de encender una vela, se enfurecía y exaltaba cada vez más. - ¡No, no, ya no puedo más! ¡Si hubiera sabido lo que me iba a pasar aquí! Más valía que hubiese reventado el día que vendí la casa... Pero se equivocan si creen que me tienen cogido. ¡Preferiría ir a arrancar piedras de un camino! -Se sofocaba, y tuvo que sentarse, de lo cual se aprovechó el joven para decir que tenía que hablarle. -Tío Fouan, quisiera charlar un poco con usted de la cuestión del otro día. Lo sentí mucho, pero no tuve más remedio que defenderme. Buteau empezó... Esto no impide que estemos de acuerdo Francisca y yo, y nadie más que usted puede arreglar este negocio... Si quisiera ir a casa de Buteau y explicarle... El viejo se había puesto grave. Le temblaba la barba y no sabía qué contestar: afortunadamente, el regreso de Delhomme y su mujer le evitó hacerlo. Estos no parecieron sorprendidos de encontrar a Juan en su casa y le recibieron con la amabilidad de siempre, pero, al entrar, Fanny había visto en la mesa la botella y los dos vasos. Los quitó y fue a buscar un trapo de limpiar. Luego habló con sequedad, después de no haber dirigido la palabra al viejo desde hacía cuarenta y ocho horas. -Padre, ya sabe que no me gusta esto. Fouan se levantó temblando, furioso por aquella observación, hecha delante de gente extraña. -¿Otra vez? ¿Qué es esto? ¿No voy a poder obsequiar a un amigo con un vaso de vino?... ¡Guárdatelo y en paz! Beberé agua. Entonces fue ella quien se puso furiosa, al ser acusada de avaricia, y respondió, poniéndose muy pálida: -Puede beber toda la bodega, hasta reventar si quiere... Lo que no quiero es que me ensucie la mesa escurriendo los vasos y dejándolos señalados en ella como si estuviese en una taberna. Las lágrimas asomaron a los ojos del viejo, el cual dijo su última palabra: - ¡Un poco menos de limpieza y un poco más de corazón, hija mía! Mientras ella secaba furiosamente la mesa, él se levantó y, colocándose al lado de la ventana, comenzó a contemplar la oscuridad de la noche, que había cerrado

completamente, presa de verdadera desesperación, que procuraba disimular. Delhomme no se había mezclado en la disputa, aunque apoyaba con su silencio la actitud firme y sensata de su mujer. No quiso permitir que Juan marchase sin haber bebido con él otro trago, en vasos que Fanny sirvió con sus correspondientes platos, para que no se ensuciara la mesa. Y la mujer, a media voz, se excusó con tono compasivo: -Nadie sabe lo que se sufre con los viejos. ¡Están llenos de manías, de malas costumbres y prefieren morir a corregirse!... Mi padre no es malo, ni tiene tampoco fuerza para serlo, y, sin embargo, yo preferiría tener que guardar cuatro vacas a cuidar a un viejo. Juan y Delhomme le daban la razón, moviendo la cabeza en señal de asentimiento. Pero fue interrumpida por la brusca entrada de Ernesto, vestido como un muchacho de la ciudad, con chaqueta y pantalón de fantasía, comprados en casa de Lambourdiou, y con sombrero hongo de duro fieltro. Con el cuello tieso y la nuca afeitada, se balanceaba con aire afeminado, luciendo sus ojos azules y su cara rechoncha. Había sentido siempre horror por el trabajo del campo, y marchaba al día siguiente a Chartres, colocado como mozo en un restaurante en el que había, al mismo tiempo, un baile público. Durante mucho tiempo sus padres se opusieron a aquella deserción de la agricultura; pero al fin la madre, halagada por la colocación, había decidido al padre. Desde por la mañana temprano, Ernesto convidaba a sus amigos del pueblo y se despedía de ellos. En el primer momento pareció sorprendido de encontrar allí a una persona extraña. Luego se decidió a decir: -Oye, madre; quiero convidar a éstos a comer en casa del tío Macqueron, y necesito dinero. Fanny le miró con fijeza, y abrió la boca para negárselo, pero era tan vanidosa que la presencia de Juan la detuvo. ¡Su hijo podía gastar veinte francos sin arruinarlos! Y desapareció, rígida y silenciosa. -¿Ha venido alguien contigo?-preguntó a Ernesto su padre. Había visto una sombra a la puerta de la casa. Se acercó, y al reconocer al muchacho que había quedado fuera, exclamó: —¡Vaya! ¡Pues si es Delfin! ¡Entra, hombre! Entró Delfin, saludando y excusándose. Iba de calzón y blusa azules y con sus grandes zapatos de labor, sin corbata, tenía ya el cutis curtido por los rigores del sol y el aire. -Y tú -continuó Delhomme, que le tenía en muy buen concepto-, ¿te irás también a Chartres, el día menos pensado? Delfin entornó los ojos y repuso con violencia: —¡Oh, no! ¡Me moriría en la ciudad! El padre dirigió a su hijo una mirada oblicua, en tanto que el otro salía en defensa de su compañero, diciendo: —¡Eso de irse a la ciudad es bueno para Ernesto, que sabe vestir, es elegante y toca el cornetín! Delhomme sonrió, porque las buenas disposiciones de su hijo para tocar el cornetín le llenaban de orgullo. Fanny entró en la cocina con la mano llena de monedas de cuarenta sueldos, de las cuales contó diez, blancas como si fueran nuevas, por haber estado escondidas debajo de un montón de trigo. No se fiaba del armario, y guardaba el dinero, en cantidades pequeñas, en todos los rincones de la casa, entre el grano, el carbón, y en la arena, de modo que cuando iba a pagar, su dinero variaba de color, unas veces estaba negro, otras blanco, otras amarillento. -Con esto tengo bastante -dijo Ernesto, a modo de gracias-. ¿Te vienes, Delfin? Los dos mozalbetes marcharon, oyéndose sus alegres carcajadas a medida que se alejaban. Juan vació su vaso al ver que el tío Fouan, que ni siquiera había vuelto la cabeza hasta entonces, se separaba de la ventana y salía con dirección al corral... Se despidió del matrimonio y reunióse con el viejo, en pie e inmóvil en la oscuridad de la noche. -Vamos a ver, tío Fouan: ¿quiere ir a casa de Buteau para pedir, para mí, la mano de Francisca?... Es usted su tutor y no tiene más que abrir la boca. El anciano, en la sombra, replicó con voz débil: -No puedo..., no puedo. Después se desahogó, confesándolo todo. Había concluido con el matrimonio Delhomme; al día siguiente se iría a vivir a casa de Buteau, que se le había ofrecido muchas veces. Si su hijo le pegaba, sus golpes le harían menos daño que los alfilerazos de su hija. Exasperado ante ese nuevo obstáculo, Juan acabó por hablar claramente. -Ya que es preciso, tío Fouan, le diré que ya hemos estado juntos Francisca y yo. - ¡Ah!-exclamó el anciano, y después de reflexionar un momento, preguntó: ¿Está embarazada? Aunque seguro de que no podía estarlo, por la forma en que habían cohabitado, Juan respondió, sin embargo: - ¡Qué sé yo! Es posible. - Entonces, no hay más remedio que esperar... Si le has hecho una barriga, ya veremos. En aquel momento se presentó Fanny en la puerta del corral, llamando a su padre para cenar. Pero el viejo se volvió, respondiendo con rabia: - ¡Métete la comida donde te quepa! ¡Me voy a la cama! Y subió a acostarse con el estómago vacío y furioso. Juan tomó el camino de la granja con paso lento, y tan atormentado por el pesar, que se halló en la colina sin darse cuenta de cómo había llegado hasta allí. La noche, de un azul sombrío, tachonado de estrellas, estaba pesada y calurosa. En el aire inmóvil sentíase nuevamente la proximidad de alguna tempestad, de la que sólo se veían, allá a lo lejos, hacia el este, algunos relámpagos. Al levantar la cabeza un momento, vio a su izquierda centenares de ojos fosforescentes que brillaban como las luces de las bujías, y que se volvían hacia él, alarmados, sin duda, por el ruido de sus pasos. Eran los carneros encerrados en un aprisco, junto al cual pasaba en aquel momento. Oyó la voz cascada del tío Soulas. -¿Qué hay, muchacho? Los perros, echados en el suelo, no se habían movido al olfatear a uno de la granja. El chicuelo que acompañaba al tío Soulas, arrastrado fuera de la cabaña por el excesivo calor, dormía tranquilamente en un surco. Solamente el pastor permanecía en pie en la llanura, envuelto en las tinieblas. Sin detenerse siquiera, Juan contestó: -Ha dicho que si le he hecho una barriga, ya veremos.

Ya había pasado del aprisco, cuando llegó a sus oídos la respuesta del tío Soulas, que sonó como una sentencia en el profundo silencio de la noche: -Y tiene razón; hay que esperar. Juan continuó su camino. Beauce se extendía hasta el infinito, abrumada por pesado sueño. Se comprendía su muda desolación, al ver sus rastros quemados y su tierra destrozada y cocida, y al percibir el olor a pavesa y oír el canto de los grillos, que brillaban como ascuas entre las cenizas de la paja. 20. AL día siguiente, Fouan fue a instalarse en casa de los Buteau. La mudanza no trastornó a nadie; todo se redujo a trasladar dos líos muy grandes que el viejo quiso llevar por sí mismo, y con los cuales hizo dos viajes. En vano los Delhomme quisieron provocar una explicación. El anciano se fue sin contestarles. En casa de Buteau le dieron la habitación grande del piso bajo, al lado de la cocina, que sólo había servido hasta entonces para guardar patatas y el pienso de las vacas. Lo peor era que no tenía más luz que la que entraba por un ventanuco abierto a dos metros de altura. El suelo de tierra apisonada, los montones de legumbres y los desperdicios tirados por los rincones, producían allí una humedad que en forma de lágrimas amarillentas, resbalaba silenciosamente por el sucio encalado de las desnudas paredes. Dejaron todo aquello allí; no arreglaron más que un rincón para colocar en él una cama de hierro, una silla y una mesa de pino blanco. El viejo se dio por muy satisfecho. Buteau había triunfado. Desde que Fouan vivía con Delhomme y su mujer, rabiaba de envidia porque no ignoraba lo que se decía por Rognes: que los Delhomme podían mantener a su padre, mientras que los Buteau no tenían con qué. Al principio le hacía comer mucho para que engordase, a fin de demostrar que en su casa no se moría nadie de hambre. Además, tenía los ciento veinte francos de renta procedentes de la venta de la casa, que el viejo dejaría seguramente al hijo que lo tuviese consigo cuando muriera. Por otra parte, puesto que Delhomme no le tenía ya en su casa, sin duda volvería a pagarle su parte de la renta anual, doscientos francos, lo cual hizo, en efecto. Buteau contaba con aquel dinero. Lo había calculado todo, diciéndose que sería buen hijo, sin sacar nada de su bolsillo y con la esperanza, además, de verse recompensado a su tiempo: y eso sin hablar de los ahorros que suponía al viejo, por más que nunca había podido asegurarse de que en efecto los tuviera. Para Fouan fue aquello una verdadera luna de miel. Le festejaban, le enseñaban a los vecinos. ¡Cómo se conocía que estaba bien tratado y que era feliz! Los pequeños, Laura y Julio, siempre en sus rodillas, le ocupaban e iban apoderándose de su corazón. Pero sobre todo sentíase feliz volviendo a sus manías de viejo y viéndose libre y haciendo lo que le daba la gana en aquella casa. Aunque limpia y cuidada, Elisa no tenía los refinamientos ni las susceptibilidades de Fanny, y el viejo podía escupir en todas partes, salir y entrar, comer cuando se le antojara, siguiendo la costumbre del labriego que no sabe ver una hogaza sin cortarle un pedazo. Así transcurrieron tres meses, llegó diciembre; los grandes fríos helaban el agua del puchero que dejaba a los pies de la cama para lavarse, pero no se quejaba de eso ni de que el deshielo llenase de agua las paredes de su cuarto, como si lloviese dentro de la habitación. Todo aquello lo encontraba natural, porque siempre había vivido lo mismo. Con tal de no carecer de tabaco y café, y de que no le fastidiasen, decía que ni el rey podía compararsele. Lo que empezó a turbar aquella felicidad fue que una mañana de sol muy claro, al entrar a su cuarto en busca de la pipa, cuando todos creían que se había ido a la calle, encontró a Buteau tratando de tumbar a Francisca sobre un montón de patatas. La muchacha, que se defendía con rudeza, sin decir palabra, se levantó y marchó después de haber cogido lo que había ido a buscar para sus vacas, y el viejo, al quedarse solo con su hijo, empezó a reprenderle. - ¡Cochino, con esa chiquilla y al lado de tu mujer! ¡Ya he visto que ella no quería! Pero Buteau, sofocado todavía y con el rostro encendido, no admitió aquellas reconvenções. -¿Y para qué se mete en lo que no le importa? ¡Hágase el desentendido o esto acabará mal! Desde el parto de Elisa y la pelea con Juan, Buteau perseguía con más ahínco a Francisca. Había esperado a que se le curase el brazo, y se lanzaba sobre ella en todos los rincones de la casa, seguro de que si una vez la poseía, sería suya siempre que quisiera. ¿No era aquélla la mejor manera de impedir su matrimonio y de conservar a la muchacha y sus tierras? Las dos pasiones se confundían: el empeño de no soltar nada de lo que entonces labraba, la posesión furiosa de aquel campo, y el ansia no satisfecha del macho estimulado por la hembra. Su mujer había engordado mucho, y siempre andaba con la pequeña Laura colgada del pecho, mientras que la otra tenía las carnes frescas y los senos elásticos y duros. Por lo demás, no despreciaba a ninguna: las dos le gustaban, cada una en su género, una por lo blanda y otra por lo dura. Era bastante buen gallo para dos gallinas y soñaba con una vida de baja, cuidado, acariciado, nadando en placeres. ¿Por qué no casarse con las dos hermanas, si ellas consentían? ¡Aquél sería el verdadero medio de estrechar la amistad y de evitar la partición de bienes, que le asustaba tanto como la amenaza de cortarle algún miembro! Por eso, en el establo, en la cocina, en todas partes donde se encontraban solos un minuto, el ataque y la defensa eran bruscos; Buteau se echaba encima de ella y Francisca le pateaba. Era siempre la misma escena violenta y corta; él metiéndole mano por debajo de las faldas y cogiéndole un puñado de vello, como a una bestia a la que se intenta montar; ella, con los dientes apretados y los ojos cerrados, obligándole a soltarla por medio de un tremendo puñetazo entre las piernas. Ni una palabra, nada más que su aliento abrasado, la respiración ahogada, el ruido amortiguado de la lucha; él contenía un grito de dolor y ella



se bajaba las faldas y se iba suspirando, con el bajovientre dolorido, conservando la sensación de aquellos cinco dedos que la habían atenazado. Y aquello ocurría estando Elisa en la habitación contigua, y aun en la misma, mientras se volvía de espaldas o colocaba ropas en un armario, como si la presencia de su mujer excitara a Buteau, seguro del silencio orgulloso y obstinado de la muchacha. Sin embargo, desde el día en que el tío Fouan los sorprendió encima de las patatas, estallaban frecuentemente disputas. Se lo había dicho claramente a Elisa para que impidiese a su marido volver a las andadas, y ésta, después de haberse quejado de que se mezclasen en sus asuntos, la emprendió con su hermana. ¡Tanto peor para ella si les gustaba a los hombres, que eran todos unos cochinos! Por la noche, sin embargo, dijo tales cosas a su marido, que, a la mañana siguiente, salió de su alcoba con un ojo hinchado a consecuencia de un puñetazo recibido durante la explicación. Desde aquel momento no cesaron las disputas; siempre había dos peleándose, o el marido con la mujer, o la cuñada con el marido, o la hermana con la hermana, cuando no eran los tres a la vez. Así se iba agravando el odio lento, inconsciente, entre Elisa y Francisca. La ternura de otros tiempos habíase convertido en un rencor sin razón aparente, que las hacía chocar desde la mañana hasta la noche. En el fondo, la única causa era el hombre, aquel Buteau caído entre ellas como un fermento destructor. Francisca, en la turbación con que él la exasperaba, habría sucumbido hacía mucho tiempo si su voluntad no se hubiera puesto en guardia contra el deseo de dejarse poseer cada vez que él lo intentaba. Castigábase duramente, obstinada en la sencilla idea de lo justo, de no dar nada ella, ni tomar nada a los demás, y su cólera nacía de sentirse celosa, de execrar a su hermana porque poseía a aquel hombre. Cuando él la perseguía, desabrochado, con el vientre al aire, ella arañaba furiosamente aquellas desnudeces de macho y le enviaba a buscar a su mujer. Era como un consuelo para sus deseos combatidos, como si hubiera arañado el rostro de su hermana, en el desprecio doloroso de un placer de que ella no gozaba. Elisa no sentía celos, aunque Buteau se vanagloriaba de que poseía a las dos, no porque le creyera incapaz de ello, sino porque estaba convencida de que la pequeña, gracias a su orgullo, no cedería. Únicamente deseaba que sus desaires no convirtiesen la casa en un verdadero infierno. Cuando más engordaba, más indiferente se hacía, dichosa de vivir un bienestar egoísta. ¿Era posible que se desafiase a la suerte, que se turbase la existencia cuando se tenía todo lo necesario para estar contenta? Todas las noches, al acostarse, decía a Buteau: -Es mi hermana; pero que no vuelva a comenzar, o la echo a la calle. Él no le hacía caso. -¡Bueno estaría! Toda la comarca la emprendería con nosotros... ¡Al diablo las hembras! Yo soy el que os va a echar juntas a un pantano, para que os pongáis de acuerdo. Pasaron dos meses, y Elisa seguía tan fuera de sí, que habría puesto dos veces azúcar a su café, como ella decía, sin conseguir encontrarlo dulce. Adivinaba los días en que su hermana había rechazado un nuevo ataque de su marido, en una recrudescencia del mal humor de éste, por lo que temía siempre brutalidades de Buteau cuando le veía salir detrás de Francisca, segura de que había de regresar furioso. Aquellos días eran muy malos, y no se los perdonaba a aquella terca, que no encontraba medio de arreglar las cosas. Un día, sobre todo, fue terrible. Buteau, que había bajado a la cueva con Francisca para sacar sidra, subió tan furioso que, por una tontería, tiró su plato contra la pared y se marchó, dando a Elisa una bofetada capaz de derribar a un toro. Levantóse ella llorando y sangrante, con la cara hinchada, y emprendiéndola con su hermana, exclamó: -¡Tunanta! ¡Duerme con él de una vez..., o me voy de esta casa si te obstinas en que me pegue! -exclamó-. ¡Como nos oye Dios, que prefiero eso!... Así tendríamos paz, acaso -continuó Elisa. Cayó sobre una silla sollozando, y su aflicción indicaba que su único deseo era vivir tranquila, aun a costa de aquello. Si a ella se le reservaba una parte, lo demás le importaba poco. ¿Por qué no llegar a un acuerdo, para no turbar la paz de la familia? -Veamos: ¿por qué no quieres? Sublevada ante aquella idea, Francisca no encontró más que este grito de cólera: -¡Me das más asco que él! Y se fue a barrer al establo, al lado de la Coliche, que la miraba cariñosamente. Lo que la indignaba no era la cosa en sí misma, sino aquella complacencia, el adulterio tolerado para no turbar la paz del matrimonio. Si ella hubiera tenido un hombre suyo, jamás lo habría cedido por nada del mundo. Su odio contra su hermana se convirtió en desprecio, y se juró que preferiría dejarse desollar que pertenecer a Buteau. Desde aquel día la vida se hizo insoportable en aquel hogar. Francisca se convirtió en la bestia de la casa. Quedó rebajada al papel de criada; se le confiaban los trabajos más penosos, se la reñía por todo y se la martirizaba. Elisa no le toleraba ni una hora de distracción; la hacía levantar antes del día y por las noches la tenía ocupada hasta tan tarde, que, con frecuencia, la desdichada se dormía sin tener alientos para desnudarse. Buteau la martirizaba con sus bromas, golpeándole las caderas, pellizcándole los muslos, con feroces caricias que le hacían sangre y le arrancaban lágrimas. Tenía el cuerpo amoratado, lleno de arañazos y cardenales. Delante de su hermana hacía uso de todo su valor para no estremecerse siquiera, para negarlo todo, como si los dedos de su cuñado no le dejasen señales en la piel. Algunas veces, sin embargo, no era dueña de sí misma y contestaba con una bofetada y entonces se producían verdaderas peleas. Buteau le pegaba, y Elisa, con el pretexto de separarlos, los golpeaba a los dos. La pequeña Laura y su hermano rompían a gritar y los perros de la vecindad ladraban. Los vecinos, llenos de lástima, no comprendían cómo aquella pobre criatura se obstinaba en

seguir en aquel presidio. Aquello era, en efecto, el asombro de Rognes. ¿Por qué no se escapaba Francisca? Los maliciosos movían la cabeza; todavía no era mayor de edad y tenía que esperar dieciocho meses; marcharse sin poder tomar lo suyo era cosa que debía pensarse. ¡ Si por lo menos el tío Fouan, su tutor, la hubiera defendido! Pero él también estaba mal en casa de su hijo. Tenía que defender su tranquilidad. Además, la muchacha le prohibía que se mezclase en sus asuntos, con la bravura y la fiereza de quien no cuenta más que consigo mismo. Siempre concluían las cuestiones con las mismas injurias: - ¡Pues vete! - Sí, eso quisierais... En otro tiempo era yo tan tonta, que deseaba salir de esta casa... Ahora, podéis matarme, pero no me voy. Espero lo que es mío; quiero mis tierras y mi parte en la casa, y las tendré. Durante los primeros meses Buteau temió que Francisca estuviera embarazada de Juan. Desde que los había sorprendido, calculaba los días y la vigilaba de reojo, inquieto por su vientre, porque la venida de un chiquillo lo habría comprometido todo, exigiendo un matrimonio. Ella, tranquila, sabía que no podía estar embarazada. Pero cuando notó el interés con que él le miraba el talle, divertíase sacando el vientre, para hacerle creer que aumentaba. Cuando él la agarraba, sentía ella que le palpaba y lo medía con sus dedos, y acabó por decirle, como provocándole; - ¡Sí, aquí hay algo! ¡Y se mueve! Una mañana se puso unos trapos bajo la ropa, pero temió que aquella noche la asesinase, sobrecogiéndole un gran terror ante las miradas que él le echaba, segura de que, si hubiese tenido un chiquillo en el vientre, le habría dado un golpe para matarlo. Por otra parte, alguna vez le sorprendió en su alcoba examinando su ropa sucia, para asegurarse de su estado. -¿Por qué no haces un chiquillo?-le dijo él con sorna. Y ella le contestó, pálida de rabia. -¡Si no lo hago es porque no quiero! Y era verdad, porque se negaba a Juan obstinadamente. Buteau la emprendió con el enamorado. -¡Vaya hombre! ¿Está tan podrido que no puede hacerte un hijo? Le rompe un brazo a un hombre a traición, pero no es capaz de dejar preñada a una mujer. Desde entonces persiguió a Francisca con alusiones de la peor especie. Cuando Juan supo cómo la trataba Buteau, dijo que le iba a cortar el cuello. Buscaba constantemente a Francisca, suplicándole que cediera; ya verían si él podía hacer un hijo, ¡Y bien grande! Pero ella encontraba siempre una nueva excusa, ante el disgusto que le producía la idea de pertenecer de nuevo a aquel hombre. Aunque le tenía afecto, no le gustaba para aquello, y menester era que no le deseara para no entregársele cuando caía entre sus brazos, furiosa todavía y excitada por un ataque de Buteau. ¡Ah, el marrano! Y no hablaba más que de aquel cochino, apasionada, excitada, pero fría de nuevo cuando el otro quería aprovechar la ocasión y poseerla. No, no, aquello le daba vergüenza. Un día, sintiéndose muy acosada, lo aplazó para más adelante, para la noche de su boda. Era la primera vez que se comprometía, porque hasta entonces había evitado responder claramente cuando él solicitaba su mano. Desde entonces fue cosa convenida; se casarían, pero cuando ella fuese mayor de edad, cuando entrase en posesión de lo suyo y pudiera pedir cuentas. Esas razones le impresionaron y dejó de atormentarla. Ella, consolada, tranquilizada por lo vago de aquella lejana contingencia, se contentaba con cogerle las manos para contenerle, mirándole con sus lindos ojos suplicantes, con el aire de mujer susceptible que no quiere arriesgarse a tener un hijo más que de su marido. Cuando estuvo seguro de que no estaba embarazada, Buteau sintió otro temor: el de que se quedase si volvía a entregarse a Juan. Seguía provocándole, y temblaba porque en todas partes le decían que aquél juraba que llenaría a Francisca hasta los ojos, como jamás había sido llenada mujer alguna. Por eso la vigilaba desde la mañana hasta la noche, exigiéndole cuentas del empleo de su tiempo, teniéndola siempre bajo la amenaza del látigo, como a un animal. Era un nuevo suplicio, porque sentía siempre a su cuñado pegado a sus faldas, no pudiendo ir ni aun al excusado sin encontrar un ojo que la espíase. Por la noche la encerraba en su cuarto; y cierto día, después de una disputa, encontró su ventana cerrada con una cadena. Cuando lograba escaparse, se producían a su vuelta terribles escenas, interrogatorios repugnantes, algunas veces registros, sujetándola el marido por los hombros, mientras la mujer casi la desnudaba para examinarla. Así fueron aproximándola a Juan, y llegó hasta a darle citas, dichosa por desafiar a los otros. Acaso habría al fin cedido si ellos hubieran estado cerca para verlo. Pero acabó prometiéndose a Juan, jurando por lo más sagrado que mentía Buteau al decir que dormía con las dos hermanas. Juan, atormentado hasta entonces, encontrando la cosa posible y natural, quedó convencido. Al separarse se abrazaron como buenos amigos, de tal modo que, desde aquel día, ella le tomó por confidente y consejero, procurando verle a la menor alarma, y no haciendo nada sin su aprobación. Él ni siquiera la tocaba, tratándola como a un camarada con el que se tienen negocios comunes. Entonces, cuando Francisca corría a reunirse con Juan, la conversación era la misma. Ella se desabrochaba violentamente el corpiño y se levantaba las faldas: -¡Mira, mira dónde me ha clavado las uñas ese marrano! Y él examinaba frío y decidido. - ¡Esto debe pagarlo; hay que enseñárselo a los vecinos! La justicia estará a nuestro lado, porque tenemos razón. -¡Y mi hermana sería capaz de aguantar la luz! ¡Ayer, cuando se echó sobre mí, ni siquiera se marchó, cuando lo que debió hacer fue echarle un cubo de agua fría! -Tu hermana acabará mal con ese miserable... Como tú no quieras, él no podrá hacer nada... Y en cuanto al resto, ¿qué nos importa? Estemos de acuerdo y él se fastidiará. El tío Fouan, aunque evitase mezclarse en ello, estaba al tanto de todas las disputas. Si callaba, se le obligaba a tomar partido: si

salía, al volver se encontraba la casa hecha un infierno y su presencia reanimaba las cóleras. Hasta aquel momento, en realidad, no había sufrido físicamente; entonces comenzaban ya las privaciones, suprimidos el pan tostado y las dulzuras. Lo desvalijaban todos los trimestres cuando iba a Cloyes a que el señor Baillehache le entregase la renta constituida sobre la venta de la casa. Francisca quitaba algunos sueldos a su hermana para comprarle tabaco, porque también a ella le dejaban sin dinero. El viejo se encontraba mal en la húmeda habitación en que dormía desde que había roto un cristal de la ventana y taparon el hueco con paja, para no tener que gastar en un cristal nuevo. ¡Ah, aquellos pillos de hijos, todos eran lo mismo! Gruñía desde la mañana hasta la noche, y sentía haber abandonado a los Delhomme, desesperado de haber ido de mal en peor. Pero ocultaba aquel sentimiento y no lo denunciaba más que por palabras involuntarias, porque sabía que Fanny había dicho: “Ya vendrá padre a pedirnos de rodillas que volvamos a admitirle”. Antes se moriría de hambre y de rabia en casa de Buteau que ir a humillarse a los Delhomme. Un día en que Fouan volvía a pie de Cloyes, después de haber estado en casa del notario, se sentó en el fondo de un foso. Jesucristo, que andaba por allí, ojeando conejos, le vio muy absorto y profundamente ocupado en contar monedas de cien sueldos en su pañuelo. Se agachó, y, deslizándose, llegó hasta ponerse a espaldas de su padre sin hacer ruido: allí, echado, tuvo la sorpresa de verle guardar una gruesa suma, lo menos ochenta francos. Le brillaron los ojos y una sonrisa descubrió sus dientes de lobo. Pensó en una hucha. Evidentemente el viejo tenía títulos guardados, cuyos cupones cobraba todos los trimestres, aprovechando sus visitas al señor Baillehache. El primer pensamiento de Jesucristo fue llorarle para sacarle veinte francos, pero le pareció mezquino y concibió otro plan. Marchó tan silenciosamente como se había aproximado, deslizándose como una culebra, de tal modo que Fouan, al volver al camino, no tuvo ninguna desconfianza al encontrarle más lejos, con el aire indiferente del mozo que vuelve a Rognes. Hicieron juntos el camino, hablando, y el padre la emprendió con los Buteau, a los que acusaba de matarle de hambre, y el hijo, enternecido, le propuso que abandonase a aquellos canallas y se fuese con él. ¿Por qué no? En su casa le mimarían desde la mañana hasta la noche. La Trouille hacía comida para dos: pues haría para tres. ¡Y guisaba muy bien, cuando había dinero! Asombrado por la proposición y vagamente inquieto, Fouan rehusó. No, no; no era propio de su edad ir de acá para allá, cambiando de costumbre todos los años. -En fin, padre, se lo digo con buena voluntad; reflexione... De todos modos, ya sabe que no está en la calle. Venga a mi casa cuando se canse de esos perdidos. Y se separó de él, perplejo e intrigado, preguntándose en qué podía gastar el viejo sus rentas, pues decididamente las tenía. Un puñado de monedas como aquél cuatro veces al año debía sumar por lo menos trescientos francos. Si no los gastaba, ¿dónde los guardaba? Había que averiguarlo. ¡Buena sería la hucha! Aquel día templado y húmedo de octubre, cuando el tío Fouan entró, quiso Buteau desvalijarle de los treinta y siete francos cincuenta céntimos que cobraba cada trimestre, desde la venta de su casa. Era cosa convenida, por otra parte, que el viejo se los diese, así como los doscientos francos anuales de los Delhomme, por vía de pensión. Pero aquella vez se le habían extraviado dos monedas de cien sueldos, y cuando, después de registrarse los bolsillos, no sacó más que veintisiete francos y medio, su hijo le trató de estafador y le acusó de haber gastado los diez francos en bebida y en atrocidades. Sobrecogido, con la mano en su pañuelo, con el miedo de que le registraran, el padre balbuceaba explicaciones y juraba que debía haberlos perdido al sonarse. Con tal pretexto la casa fue un infierno hasta la noche. Buteau estaba de un humor feroz por haber visto a Juan y a Francisca huyendo detrás de un muro. Ésta, que había salido con el pretexto de segar hierba para las vacas, no volvía porque sospechaba la escena que la esperaba. Cerraba la noche, y Buteau, furioso, salía a cada minuto al corral e iba hasta el camino para ver si aquella zorra volvía ya del macho. Juraba, soltando palabras sucias, sin ver al tío Fouan, que se había sentado en el banco de piedra, después de la discusión, respirando en la sombra el aire templado, como si estuviese en primavera. Sonó un ruido de zuecos en la cuesta, y apareció Francisca, inclinada bajo el peso de un enorme montón de hierba que había atado con un pedazo de tela vieja. Llegaba sofocada y sudando, medio oculta por su carga. - ¡Si crees que vas a burlarte de mí y a regodearte dos horas con tu galán, cuando hay tanto que hacer aquí!...-exclamó Buteau. Y la tumbó sobre la hierba en el mismo momento en que Elisa salía de la casa, decidida a estrangularla, diciendo: - ¡Eh, ven aquí, a que te ponga el pie en el trasero!... ¡No tienes vergüenza! Pero Buteau había ya metido la mano por debajo de las faldas de la muchacha. Su furor se convertía siempre en un acceso brusco de deseo. Mientras la estrujaba contra la hierba, rugía sofocado, con el rostro lívido. - ¡Lo que es esta vez no te escapabas: he de pasar yo a mi vez sobre ti!... ¡Aunque se empeñe en que no he de montarla después del otro! Comenzó una lucha furiosa. El tío Fouan no distinguía bien en las tinieblas. Pero vio, sin embargo, a Elisa; su marido, fuera de sí, separado a cada segundo por el batir de las piernas que habían quedado libres, se agotaba en vano, saciándose de cualquier modo y en cualquier parte. Cuando acabó, Francisca, en una última sacudida, pudo desprenderse y se levantó balbuceando: - ¡Cochino, cochino! Pero no has podido, no te ha servido de nada... ¡Me burlo yo de eso! ¡Jamás lo conseguirás, jamás! Había triunfado, y cogiendo un puñado de hierba se secaba los muslos, con el cuerpo tembloroso. Luego, con un gesto de provocación,

tiró la hierba a los pies de su hermana. - ¡Toma! ¡Eso es tuyo! -dijo-. ¡Tú tienes la culpa de que tenga que devolvértelo! Elisa le tapaba la boca con una bofetada, cuando el tío Fouan, que había dejado el banco, intervino, indignado, blandiendo su bastón. - ¡Canallas! ¿Queréis dejarla tranquila?... ¡Basta ya! Comenzaban a asomar luces en las casas de los vecinos, inquietos por aquel escándalo, y Buteau empujó apresuradamente a su padre y a la muchacha hacia la cocina, donde una vela iluminaba a Laura y a Julio, aterrados y refugiados en un rincón. Elisa entró también, sobrecogida y silenciosa desde que el viejo había salido de las sombras. Él continuó, dirigiéndose a Elisa: - Eres repugnante. He visto cómo mirabas. Buteau pegó un puñetazo en la mesa. - ¡Silencio!-gritó-. Todo se ha acabado... Le rompo el alma al primero que continúe. - Y si yo quiero seguir -preguntó Fouan con la voz temblorosa-. ¿Me romperás el alma? - ¡A usted como a los demás!... Ya me está cargando. Francisca se interpuso entre ellos. - Le suplico, tío, que no se mezcle en esto... Ya ha visto que me basto para defenderme. Pero el viejo la apartó. -Déjame; esto no te incumbe... Es asunto mío -y levantando el bastón, añadió-: ¡Ah, conque me pegarías, bandido!... ¡Vas a ver cómo te castigo!... Con mano pronta Buteau le quitó el bastón, que tiró sobre la alacena, y con mirada torva se plantó delante de él. - ¡Qué! ¿Cree que voy a tolerar sus fueros? Los dos, frente a frente, callaron un instante, como si quisieran anonadarse con la mirada. El hijo, después de la partición de los bienes, había engordado, mientras que el padre, azotado por sus sesenta años de trabajo, había adelgazado, inclinándose más cada día hacia la tierra. -Demasiado sé lo que eres -dijo Fouan-; demasiado lo sé, puesto que te he engendrado. - ¿Y por qué lo hizo? -gruñó Buteau-. Pero sí, a cada uno le llega su vez. Llevo su sangre, pero no me gusta que se irrite... ¡Y le digo una vez más que, si no me deja tranquilo, esto acabará mal! -Para ti, seguramente... Nunca hablé yo así a mi padre. - ¡Oh, vaya salida! Pero lo hubiera matado, si él no se hubiera muerto. - ¡Mientes, canalla!... Y por Dios que vas a desdecirte ahora mismo. Por segunda vez intentó Francisca interponerse. Incluso Elisa hizo un esfuerzo, asustada. Pero los dos hombres las apartaron a empujones, para acercarse más. Fouan quiso crecerse, intentando encontrar su antiguo poder de jefe de familia. Durante medio siglo habían temblado en su presencia su mujer, sus hijos y sus animales, cuando poseía la fortuna y la fuerza. - ¡Di que has mentido, canalla, di que has mentido, o te voy a hacer bailar, tan cierto como nos alumbraba esa luz! Y con la mano en alto, le amenazaba con el mismo gesto con que otras veces aterraba a todos. - ¡Di que has mentido!... Buteau, que en su juventud, al ver que le iba a pegar, se defendía levantando el codo y apretaba los dientes, se contentó con encogerse de hombros, con aire de burla insultante. - ¡Si cree que me asusta!... Eso era bueno cuando era usted el amo. - Yo soy siempre el amo. el padre. - ¡Vamos, viejo impertinente, usted no es nada..., y déjeme en paz! Y viendo que la mano vacilante del viejo bajaba para pegar, la cogió al vuelo y la apretó brutalmente. - ¡Cuidado que es terco! ¡Habrá que incomodarse para meterle en su rincón! ¿Sirve para algo? De carga y nada más. Cuando uno se hace viejo y cede la tierra a los otros, ya no le queda sino tener paciencia y no estorbar. Sacudía a su padre a cada palabra; después de un último empujón, le hizo caer, vacilante, sobre una silla, cerca de la ventana. Allí quedó el viejo, sofocado, vencido con la humillación de su antigua autoridad muerta. Aquello había terminado, y ya no podía confiar en nada, habiéndose despojado de sus bienes. Reinó un profundo silencio y todos quedaron temblando. Los niños ni siquiera habían respirado por temor a un bofetón. Después volvió cada cual a su ocupación, como si no hubiera pasado nada. -¿Y la hierba? -preguntó Elisa-. ¿La vas a dejar en el corral? -Voy a meterla-respondió Francisca. Cuando volvieron y hubieron comido. Buteau, incorregible, metió la mano en el pecho a la muchacha para coger una pulga que le picaba, según decía ella. Esto no le disgustó, y hasta celebró la gracia. Fouan no se había movido, silencioso en su oscuro rincón. Por sus mejillas corrían dos gruesas lágrimas. Recordaba la noche en que había roto con los Delhomme, y le acometía la misma vergüenza por no ser el amo, la misma cólera que le hacía obstinarse en no querer comer. Le habían llamado tres veces y siempre había rehusado su parte de cena. De pronto se levantó y desapareció en su alcoba. Al día siguiente, al amanecer, abandonaba a los Buteau para ir a instalarse en casa de Jesucristo. (*amos 5 kjv*).

**Audiolibro Latierra Mile Zola**  
**Cap Tulos 17 Al 20**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**